BOLSILIBROS

Selección

TERROR

EL INFIERNO LES TRAGO

ADA CORETTI

Lectulandia

Sucedió del modo más inesperado.

Algo falló en el coche, y perdida la dirección del volante, las ruedas patinaron trágicamente sobre el mojado asfalto.

Fueron a dar contra un árbol, luego contra otro. Después, de rebote, contra la barandilla protectora de la carretera, y de nuevo contra otro árbol. Seguidamente el coche efectuó dos aparatosas vueltas de campana, volviendo a quedar finalmente, aunque por puro milagro, en su posición normal.

Lectulandia

Ada Coretti

El Infierno les Tragó

Bolsilibros: Selección Terror - 116

ePub r1.0
xico_weno 20.08.16

Título original: *El Infierno les Tragó*
Ada Coretti, 1975

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Salieron juntos de la sala de fiestas. Era de noche. Había lloviznado.

Dennis Partton llevaba medio abrazada a la muchacha pelirroja, de formas exuberantes, que había bebido más de la cuenta.

—Eres encantador… encantador… —Iba diciendo ella—. No daré un paso más mientras no lo reconozcas.

—De acuerdo. Raquel, de acuerdo. Lo soy… Pero ahora tenemos que regresar, debes ir a tu casa, a dormir…

—No, no y no —pataleó—. Quiero seguir la noche a tu lado, como otras veces.

—Hoy no, preciosa. Hoy no estás en condiciones.

—¿Insinúas que estoy borracha? —Se enfadó, haciendo una mueca.

—Más o menos…

—¡Pero si estoy más serena que nunca!

—No puedes estarlo mucho. ¡Si has bebido más *whiskys* que dedos tienes en la mano!

—No veo doble, si es esto lo que piensas.

La sala de fiestas se hallaba emplazada junto a la carretera, no muy lejos de una Gasolinera. A menos de cien metros estaba la costa, el mar.

Y estaban ya allí, a pocos pasos de la gasolinera, donde habían dejado aparcado el coche, cuando Raquel se dio cuenta de que había olvidado el monedero.

—Voy a buscarlo.

—Bueno —dijo Dennis Partton—, pero no tardes. Aquí te espero.

Al poco de quedarse solo, un lujoso descapotable se detuvo allí mismo. Al volante iba un hombre de unos cincuenta años, de cabello entrecano. A su lado viajaba una atractiva muchacha, que contaría como máximo la mitad de años que su acompañante.

—Voy a buscar cigarrillos, se me han acabado —le dijo éste, y Dennis Partton oyó perfectamente su voz, una voz recia—. Enseguida vuelvo, querida.

—No tardes, cariño —respondió ella.

La muchacha, que tenía el busto agresivo, los muslos morenos y firmes, y una deslumbrante y larguísima cabellera rubia, dejó de sonreír así que su acompañante dejó de mirarla. Y no sólo esto; entonces apareció en sus ojos claros un odio incisivo e hiriente, profundo y desesperado, que dio la sensación de no caberle dentro, de haberse desbordado siniestramente dentro de su ser.

Dennis Partton reparó en tal hecho, que evidentemente se separaba de lo corriente, y que por lo demás daba pie a muchas conjeturas.

Pero la pelirroja Raquel tardó muy poco en reunirse de nuevo con él, así que el joven ya no pensó más en aquello y se dedicó de nuevo a la chica que tenía a SU lado.

—Te lo aseguro, Dennis. —Raquel se había colgado de su brazo—. No estoy borracha. Llévame a tu apartamento, por favor…

—Si te portas bien en el coche, de acuerdo —cedió él, que medio murmuró para sí—: Pero vas a dormirte por el camino…

* * *

En el lujoso descapotable, la joven de busto agresivo, muslos morenos y firmes, y deslumbrante y larguísima cabellera rubia, que se llamaba Verónica, estaba rezongando entre dientes:

—Ya no aguanto más… Ya no aguanto más.

Aquel hombre era su marido. Desde hacía más de un año. Un marido fabulosamente rico, sí, pero que no se decidía a hacer testamento a su favor. Y estaba ya cansada de soportar sus empalagosas caricias, su trasnochado amor. No podía evitarlo, estaba harta. Una y mil veces harta.

Pero conseguía calmarse, serenarse, cada vez que recordaba a Jeff, a su alto, moreno y guapo Jeff, que le había dicho en más de una ocasión:

—Charles acabará haciendo testamento a tu favor, puedes darlo por seguro. Pero debes tener un poco de paciencia, en esto estriba todo.

Ella, ¿amaba verdaderamente a Jeff, o tan sólo se dejaba guiar por un simple y banal capricho?

Verónica aún no sabía con exactitud si su inclinación hacia él era una mera atracción física, una simple inclinación sexual, o si intervenían de algún modo sus sentimientos.

Lo cierto es que también le gustaba citarse con William, un joven rubio, desvergonzado y cínico, que sabía comportarse con las mujeres de un modo verdaderamente irresistible.

Y también le complacía verse con Gerald, que apenas tenía dieciocho años.

Tres hombres con los que gozaba del amor, sintiéndose amada y deseada de tres modos distintos.

Tres hombres que le hacían aborrecer desesperadamente a su marido, Charles Wiseman, dueño de la magnífica y soberbia residencia llamada Jade.

Donde ella aún no podía considerarse la legítima señora de la casa. Para esto le hacía falta un testamento que no llegaba, que a este paso no llegaría nunca.

—Un día de éstos lo haré. Todo será para ti, querida.

Se lo había prometido un sinfín de veces. Pero hasta entonces, nada. Vanas palabras que el aire se había llevado.

La culpa era de sus sobrinos. Verónica estaba segura. A no ser por ellos, haría tiempo que hubiera conseguido su objetivo.

Eran tres los sobrinos.

Los tres vivían en la mansión Jade, situada ésta en las afueras de la pequeña

ciudad. Vivían amparados y protegidos por la generosidad de su tío.

Generosidad que no se merecían. Verónica sabía leer en sus ojos. Todos ellos buscaban su dinero, su fortuna. Ninguna otra cosa les interesaba de su tío. Por eso le adulaban y le iban detrás hasta no dejarle tranquilo ni un solo instante.

Charles Wiseman había comprado ya los cigarrillos, encendiendo uno antes de llegar al coche.

—Ya estoy aquí.

—Has tardado mucho, cariño.

Verónica sabía fingir. Sabía hacerse adorable. Le bastaba proponérselo.

Antes de darle a la llave de contacto. Charles Wiseman se volvió hacia ella, sintiéndose atraído por sus muslos tentadores. Le puso una mano encima.

—¿Sabes, Verónica? Cada día te quiero más.

—Lo mismo te digo. Charles —le sonrió.

—Todos me envidian. Es lógico. Verónica, me he llevado a la muchacha más guapa de la ciudad. Además, te portas bien. Con sinceridad —añadió—, como te saqué de aquella vida, temía que pudiera llegar a tentarte la idea de reincidir.

—¡Oh, no, Charles! —se escandalizó—. Era aquélla una sucia y puerca vida, de la que me separé para siempre con inmensa felicidad. Además, ahora te tenso a ti.

—¿Te basta mi amor? —preguntó—. ¿De veras te basta?

—Sí. Charles.

Él la besó en los labios, hizo una nueva presión con su mano en el moreno muslo de ella, y seguidamente se dispuso a poner el coche en marcha.

Pero se detuvo antes de hacerlo, volviéndose de nuevo a mirarla. Entonces le dijo:

—Tengo algo que comunicarte, algo muy importante. —Y sonriendo—: Ayer fui a visitar a un notario, he hecho testamento. Te he convertido a ti en mi heredera universal.

¡Al fin!

¡Al fin lo había conseguido!

Le dieron tentaciones de gritar de júbilo. Pero Verónica se contuvo, en la medida precisa.

—Eres muy bueno, Charles. Gracias.

*** * ***

Sucedió del modo más inesperado.

Algo falló en el coche, y perdida la dirección del volante, las ruedas patinaron trágicamente sobre el mojado asfalto.

Fueron a dar contra un árbol, luego contra otro. Después, de rebote, contra la barandilla protectora de la carretera, y de nuevo contra otro árbol. Seguidamente el coche efectuó dos aparatosas vueltas de campana, volviendo a quedar finalmente, aunque por puro milagro, en su posición normal.

Al producirse el primer choque, la portezuela se abrió y Charles Wiseman salió despedido. De otra forma, ante el brutal encontronazo, sin duda el volante se le hubiera incrustado en el pecho.

Verónica no fue despedida y quedó en su asiento, siendo zarandeada por los golpes y los rebotes, y las vueltas de campana. En la frente y en el cuello se le incrustaron infinidad de cristales. La sangre quedó chorreándole por la cara.

Ya el coche inmóvil. Verónica reparó en su marido. Estaba en medio de la calzada, inmóvil, sin sentido, como un muñeco inanimado.

Y fue entonces, recordando sus últimas palabras, esto es, sabiendo que el testamento era a su favor, cuando se sintió dominada por sus peores y más malévolos instintos. Y decidió gastar sus últimas fuerzas, se sentía a punto de desvanecerse, en algo concreto y decisivo. Algo que concluyera de una vez con un engorro del que era mejor zafarse cuanto antes.

Se ladeó, cogiendo el volante entre sus manos. Y le dio al acelerador, sintiendo un profundo y morboso placer al ver que el motor aún funcionaba.

Echó una mirada alrededor. Por la carretera no iba ni venía ningún vehículo. Nadie vería, pues, lo que iba a hacer.

No dudó.

No vaciló.

Hizo que las ruedas del coche pasaran sobre el cuerpo de su marido. Y después retrocedió, y volvió a aplastarle.

Lo hubiera hecho por tercera vez, pero no pudo; la sangre le nublaba la vista y la cabeza le estaba dando demasiadas vueltas. Cayó desvanecida sobre el asiento.

Unos minutos después, llegaba un coche, cuyos ocupantes se detuvieron para prestar auxilio a las dos víctimas de aquel lamentable accidente.

Se trataba del joven Dennis Partton y de su pelirroja amiga. A ésta, de pronto, pareció desaparecerle la borrachera.

CAPÍTULO II

Al entreabrir los párpados, Verónica lo vio todo difuso, borroso, pero no tardó en comprender que se hallaba en la blanca y aséptica habitación de una clínica.

—¿Cómo se encuentra, señora Wiseman? —Oyó que le preguntaban.

Volvió la cabeza hacia donde oyera la voz, viendo que se trataba de una enfermera.

—Creo que estoy bien —respondió, y empezaba a ver claro los objetos que la rodeaban.

Había alzado las manos, palpándose las vendas que rodeaban su frente y su cuello.

Acababa de recordar a su marido. No, no le penaba lo que había hecho. Bien muerto estaba. ¡Ahora era rica, fabulosamente rica! ¡Y no dependía de nadie! ¡Absolutamente de nadie!

—¿Y mi marido? —Preguntó, con aparente ansiedad—. ¿Qué le ha pasado a mí marido? ¿También está herido?

—Ahora descanse, señora Wiseman. —La voz de la enfermera se había hecho más mecánica, más profesional—. Necesita recuperarse. Esto es lo primero.

—Pero ¿y mi marido? —Volvió a inquirir, con el tono ahogado—. ¡Es necesario que sepa cómo está mi marido!

—Señora Wiseman —la enfermera se hizo cargo de que no podía ocultarle la verdad por más tiempo— créame que deploro de veras tener que poner en su conocimiento…

—¡Me está asustando! —gimió Verónica, y se incorporó un tanto en el lecho. Pensó que así la escena resultaría mejor, con tintes más auténticos—. ¡Por Dios! ¿Qué intenta decirme?

Verónica se disponía a llorar, y a sollozar, y a asegurar que había perdido a un marido maravillosamente bueno. Sí, lloraría y sollozaría así que la enfermera le dijera que su marido había muerto. Necesitaba convencer al auditorio. Breve auditorio, de momento… El resto llegaría después. Pero ella les engañaría a todos, sin excepción. Su capacidad de fingimiento siempre había sido mucha.

—No se mueva, señora Wiseman —rogó la enfermera—. Siga echada, por favor… Puesto que su deseo es saber lo que le ha sucedido a su marido, voy a decírselo. Comprendo que tiene derecho a saberlo.

—Sí, dígamelo —le apremió, esforzándose por parecer expectante e inquieta.

—Por lo visto, al chocar el coche de ustedes —dijo la enfermera—, su marido fue despedido a la calzada. Luego el coche rebotó y volvió a chocar y dio vueltas de campana… En fin, que las ruedas de su propio coche pasaron sobre el cuerpo de su marido.

—¡Oh, no, no! —exclamó Verónica, con un acento francamente desesperado.

—Es lamentable, señora Wiseman, pero…

—¡Oh, no es posible que haya muerto! —gimió nuevamente, en esta ocasión ocultándose el rostro entre las manos.

Fue entonces cuando Verónica tuvo la sensación de que una bomba estallaba a su lado. Bastó para ello que de nuevo hablara la enfermera.

—Tranquilícese, señora Wiseman. Hemos logrado salvarle la vida.

—¿Cómooooo…?

A Verónica se le alargó el tono, porque de pronto toda la saliva se le había quedado detenida en la boca.

—Hemos logrado salvarle la vida —repitió la enfermera—, pero desgraciadamente ha sido preciso, inevitable, amputarle ambas piernas.

Verónica se quedó horrorizada. Pero no por ser ella la causante de aquel espantoso hecho, sino simplemente porque el golpe le había fallado e ignoraba, de un modo total, las consecuencias que el mismo podía acarrearle.

Creyó aplastar el cuerpo de su mando, sentenciando y zanjando un asunto, y resultaba que se había limitado a dejarle sin piernas. ¡Qué insensata y loca había sido!

—Su marido no ha hecho más que preguntar por usted —dijo la enfermera, en medio del mutismo de ella—. Así que salga de los efectos del cloroformo y usted se encuentre con fuerzas, sería sumamente conveniente que fuera a darle ánimos.

—Sí, claro, claro… —musitó.

Pero le había entrado un miedo horrible, espantoso. ¿Estaría su marido verdaderamente sin sentido cuando ella le atropelló, o acaso se dio cuenta de lo que hacía con él?

Se puso a temblar.

Era un temblor lleno de sacudidas, de espasmos. Un temblor cobarde que le llenaba el cuerpo de pegajoso sudor.

*** * ***

No podía seguir con las dudas destrozándole, arañándole por dentro.

—Me siento ya con fuerzas —murmuró, finalmente—. Deseo ir a verle… Deseo ir a verle…

—Le ha dejado muy trastornada la noticia que me he visto obligada a darle —dijo la enfermera—. Quizá sería conveniente que esperara un poco más.

—No, no —se apresuró a decir Verónica—. Necesito verle. No puedo dejarlo para más adelante. ¡No puedo!

—Como usted desee, señora Wiseman.

Poco después, entraba en la habitación en que se hallaba su marido. Una habitación que permanecía en penumbra.

Verónica apenas podía tenerse en pie, le flaqueaban las rodillas. Ella sabía que era del miedo horrible que sentía. Sólo del miedo.

Allí se hallaba postrado Charles Wiseman, cerrados los párpados, ardiente la frente, crispada su expresión por el dolor, temblorosos los labios, siniestramente vacío el lugar que debían ocupar sus piernas.

Adivinó que su esposa estaba allí, porque sin necesidad de abrir los ojos, pronunció su nombre:

—Verónica… Verónica… —Y luego musitó—: Querida… querida…

Ante esta última palabra, ella sintió que el aire entraba finalmente en sus pulmones. Como una bendición que la liberara piadosamente de todas sus angustias y temores.

—Sí, soy yo —respondió.

Entonces sí la miró. ¡Y hubo un amor tan profundo, tan intenso, en aquella mirada! Dio la sensación de que ese amor no cabía dentro de aquel pobre y maltrecho cuerpo.

—Querida, ya debes saberlo… Es horrible —murmuró—. Verdaderamente horrible, ¿verdad? —Seguidamente añadi6—: Lo lamento más por ti que por mí mismo, créeme.

—No te atormentes, Charles —y cogió las manos de él entre las suyas.

Unas y otras sudaban. Aunque por distintos motivos.

—Mi único consuelo es saber que a ti no te ha sucedido nada grave, nada irreparable… Sin embargo, ¿qué va a ser ahora de nosotros? ¿Qué va a ser de ti y de mí?

—No sucederá nada malo. Charles —le respondió ella—. Seguiremos más unidos que nunca, ya lo verás.

—Gracias, querida —se le escapó un sollozo—. Eres la esposa más buena del mundo.

En efecto, con el transcurso de unas pocas semanas, todo, aparentemente al menos, volvió a la normalidad. A una relativa normalidad, pues verdaderamente las cosas ya no podían ser como antes. Sobre todo para Charles Wiseman, el dueño de aquella casa y de una fortuna realmente cuantiosa.

No obstante, Verónica fingía, disimulaba, por lo que Charles, desde su patético sillón de ruedas, permanecía sin darse cuenta de nada. Como antes. Como siempre. El amor le cegaba los ojos.

Pero ella, en realidad, volvía a desenvolverse a su modo. Ya sin apenas señales en la frente y en el cuello, volvía a ser la que siempre había sido, y con ello está ya dicho todo. Era una mujer viciosa que no podía prescindir de los hombres.

Y en su vida seguían existiendo aquellos tres amores. Por llamarlos de alguna manera, ya que aquellas relaciones sexuales de amor tenían ciertamente muy poco, por no decir que no tenían nada.

CAPÍTULO III

El director de aquella compañía de seguros había hecho llamar a su despacho a Dennis Partton, estallando así que le tuvo delante:

—¡Se las da de ser el mejor detective de esa compañía! ¿No es verdad? ¡Pues cansado de sus bravatas, voy a darle ocasión de demostrarlo!

—Estupendo, jefe —respondió el joven, cuya alfa y atlética figura daba la impresión de achicar la estancia—. ¿De qué se trata? Ardo de impaciencia por saberlo.

—Un caso nada claro.

—Ya, ya…

—Un caso que corrió a cargo de un principiante. Todo estuvo en orden, conforme a las cláusulas del seguro firmado, así que la compañía está dispuesta a pagar. Pero ahora, en última instancia, resulta que hay una sospecha.

—¿Cuál?

—De que el tal accidente de coche no fue casual Por lo menos existe la posibilidad de ello.

—¿Qué ha motivado tal sospecha? —preguntó Dennis Partton.

—Ninguna circunstancia especial. Simplemente, ese empleado de la compañía, ese principiante, ahora no parece estar enteramente satisfecho de su trabajo en aquel caso. Pero, claro, de entonces a ahora han transcurrido ya varias semanas y todo se halla en estos momentos mucho más confuso de lo que debió estarlo en el momento de acaecer el accidente. Un accidente que al firmante de la póliza le costó la amputación de ambas piernas.

—No deducirán que él mismo se puso ante el coche para cobrar la póliza, ¿verdad, jefe? —bromeó Dennis Partton.

—¡Por todos los infiernos, claro que no! —exclamó—. Además, el firmante ya es un hombre muy rico, al que no le viene de lo que la compañía de seguros pueda o no darle. Pero iba acompañado en el coche de su esposa.

—Comprendo.

—En conclusión, se trata de que busque pruebas que acrediten que tal accidente fue provocado. Tal circunstancia absolvería a la compañía de seguros de abonar la cifra correspondiente.

—Comprendo —repitió.

—Pues esto es todo.

—Bien, jefe.

—Ejem… ejem… —Tosió forzadamente—. ¿Por dónde va a empezar su trabajo?

—Si no me concede un minuto para pensarlo, ni idea, jefe. Pero espere a que pase ese minuto, y seguro que algo se me ocurre.

Se le ocurrieron varias cosas. No podía ser de otra manera tratándose de él. Solía

encontrar salidas o entradas para todo. Dennis Partton era un joven de piernas ligeras, ideas rápidas, reflejos velocísimos y puñetazos contundentes. Todo en un conjunto, le hacía ser una persona que no se achicaba ante nada ni ante nadie.

Pero sus primeras ideas no terminaron de darle felices resultados. Desde el hecho acaecido, habían transcurrido ya demasiados días y esto complicaba enormemente el caso.

Terminó yendo a la comisaría de policía, a visitar a su buen amigo el teniente Binters, del Departamento de Homicidios.

—Necesito tu ayuda —le dijo, dándole unas cuantas palmadas en la espalda.

—Veamos de qué se trata —hizo un gesto de quien de antemano, se arma de paciencia.

—Esta vez es muy sencillo.

—Veamos, veamos… Que me fío de ti tan poco como el ratón del gato.

—No es mucho liarse, en efecto —soltó una carcajada—. Pues bien, necesito entrar en una casa como jardinero.

—¿Jardinero tú? ¡Pero si tú no has podado un árbol en toda tu vida!

—Aprenderé, pierde cuidado. Pero, claro, el puesto al que me refiero está ocupado. Así pues, se trata de que tú, enseñando tu bonita chapa de policía, persuadas al actual jardinero de que me deje su trabajo durante unos días, unos pocos días, serán suficientes. Que telefonee a la casa diciendo que está enfermo y que mandará un sustituto.

—¿Esto es todo? —Inquirió el teniente Binters—. Francamente, me esperaba algo más complicado.

—Sí, esto es todo. Del resto me encargaré yo.

—Bien, de acuerdo. Pero que no hagas de las tuyas, ¿eh? No quiero complicaciones por tu culpa.

—Tranquilo.

—De todos modos —aclaró con una sonrisa amigable—, si te ves en algún lío gordo, avísame enseguida.

—Agradecido. No te digo que no, porque donde yo meto las narices siempre acaba oliendo a sanare. No sé qué pasa, pero ésta parece ser mi especialidad.

CAPÍTULO IV

Las sombras, que aquella noche parecían tener algo de tenebrosas, se abatían ante el amplísimo parque-jardín de la finca. Era como si presagiaran algo malo.

Sin embargo, todo permanecía en calma, en silencio. No sucedía nada extraordinario.

Por lo menos era ésta la primera impresión.

Lo cierto es que en el jardín esperaba un hombre alto, moreno y guapo: Jeff.

Y Verónica se disponía a ir a su encuentro. Más de una vez lo había hecho, entregándose uno al otro allí mismo, escondidos entre el verdor de los arbustos de cualquiera de los parterres.

Pero así que llegó a donde estaba Jeff, Verónica comprendió que aquella noche no iba a ser parecida a otras, posiblemente no iba a parecerse a ninguna. Ni por asomo.

Jeff estaba temblando de pies a cabeza, como si el mal de San Vito se le hubiera metido dentro del cuerpo. Sudaba a chorros.

—¿Qué te sucede, Jeff? —Se sobresaltó.

—¡Oh, Verónica! Creo que vas a perder toda posibilidad de heredar a Charles.

—¡Qué tontería! —protestó ella, lejos de adivinar las razones que Jeff intentaba exponerle. Y añadió—: Todo lo contrario. Ahora es ya seguro que voy a conseguirlo. Charles ya ha hecho testamento a mí favor.

—No, no… —Denegó Jeff, el alto, moreno y guapo Jeff—. Alguien se ha enterado de lo nuestro y amenaza con desenmascaramos. Por lo demás, sus argumentos resultan escandalosamente convincentes. Nos tienen tomados en fotografías. Las he visto, me ha enviado copias ¡Cómo demonios las habrá conseguido! Unas son del hotel de la costa, ¿recuerdas? En aquella habitación pintada de rosa, con la colcha de la cama también rosa. ¡Esas fotos son la perdición, Verónica!

—Pero ¿quién nos amenaza? —Se le pusieron a chirriar los dientes.

—Un mendigo.

—¿Un qué? —Se había quedado perpleja.

—Un mendigo. Aquel mendigo que solía pedir a veces frente a esta casa. De eso no hace mucho… No sé si te acuerdas.

—Sí, creo que sí. Pero ¿cómo es posible que un mendigo…? ¡Todo esto es ridículo!

—Me ha hablado por teléfono. Finalmente hemos quedado en esto, en que esta noche nos reuniremos aquí para llegar a un acuerdo. Un acuerdo económico, por descontado.

—Sí, llegaremos a un acuerdo —aseguró Verónica. Y luego, de pronto—: Jeff, llegaremos a un acuerdo como sea… Como sea… —Se acercó a él y le habló junto al oído, muy bajo, muy quedo, en un susurro—: ¿Me entiendes?

—No, eso no —murmuró Jeff, asustado.

—Sí, eso sí rectificó Verónica, y refulgían sus ojos claros. —Ya he conseguido lo que me proponía. No dejaré que nadie malogre mi esfuerzo.

En eso, el personaje que esperaban apareció ante ellos. Era aquel mendigo, a quien ya conocían de vista. Un hombre viejo, encorvado, mal trajeado que andaba con bastante dificultad, arrastraba la pierna derecha. Llegó bordeando el surtidor.

—¿Qué pretende usted? —inquirió Verónica, apenas sin darle tiempo a que se acercara.

Les llegó su voz rasposa a través de la oscuridad de la noche. Una oscuridad no demasiado intensa. Se veían relativamente bien los unos a los otros.

—Ya se lo ha dicho su amigo, ¿no? —La risa parecía escapársele de entre los dientes. Unos dientes carcomidos por el sarro y la caries—. Cobrar una buena cantidad por esas fotos. —Y agregó, dirigiéndose exclusivamente a Verónica—: Por ésas… y por otras, que le enseñaré luego. Todas las llevo encima.

—¿A qué otras fotos se refiere? —preguntó Jeff.

—De la misma Índole. —Ahora el mendigo se reía abiertamente—, y con la misma dama como protagonista. Pero con distinto caballero… Los enfoques, las posturas, muy semejantes, eso sí…

—¿Qué está usted diciendo? —Jeff no terminaba de dar crédito a aquellas expresiones.

Era fatuo y engreído por naturaleza, y jamás había pensado que pudiera haber un capricho, que no fuera él, en la vida de aquella esposa infiel.

—¿Cuánto pide? —preguntó Verónica al mendigo, con una dureza de tono que casi cortaba el aire de la noche.

El mendigo dijo una cifra. Elevadísima.

—¡Está loco! —Se indignó Verónica—. ¿De dónde quiere que saque esa cantidad? Me pide un imposible.

—Pero, bueno —insistió Jeff—, ¿qué significa eso de las otras fotografías con distinto caballero…?

El mendigo se sintió cogido duramente por el brazo, obligado a girarse hacia Jeff, cuya expresión se mostraba encolerizada. Su dignidad de amante estaba en juego, por lo que consideraba que no podía dejar la cuestión a medias. Era preciso aclararla debidamente.

Pero no hubiera sido tan puntilloso, de saber lo que iba a suceder en aquellos instantes, precisamente cuando él, cogiendo al mendigo por un brazo, le obligó a volverse hacia él.

Al obligarle a hacer eso, hizo que diera la espalda a Verónica y éste fue un error terrible, mayúsculo. De consecuencias imprevistas, irreparables, funestas.

Sí, porque allí mismo, junto a uno de los parterres, el jardinero había dejado olvidados un pico y una pala.

Dos utensilios imprescindibles para su trabajo, en los que Verónica acababa de

reparar.

Y la decisión de Verónica fue rápida, veloz, relampagueante. Ni cinco segundos tardó en agacharse, coger lo primero con que dieron sus manos, alzándolo en lo alto y descargando el golpe con todas sus tuerzas sobre la cabeza del infeliz.

Sus manos habían dado coa el mango de fa pala, así que fue la pala la que cayó sobre el cráneo del indefenso y viejo mendigo.

De resultas del brutal golpe, perdió el conocimiento, cayendo de bruces sobre la arenilla del sendero.

—¿Por qué lo has hecho? —le recriminó Jeff, lívido como si el agresivo fuera él.

Verónica no le respondió. Dejó la pala donde estaba antes. Pero sólo para suplantarla en sus manos por el pico, que resultaba evidentemente un arma de eficacia mucho más contundente.

Y sin dar tiempo a que Jeff interviniera, Verónica alzó el pico rabiosa y furiosamente, y lo clavó de una sola vez en la espalda de aquel hombre que, hasta aquel momento, sólo había estado desvanecido.

—No, no —murmuró Jeff, lleno de horror al ver fluir la sangre.

Tampoco ahora hizo caso Verónica de las palabras de Jeff. Como si no las hubiera oído.

Recuperó el pico. Y luego se agachó de nuevo, en esta ocasión volviendo hacia arriba el cuerpo del mendigo. Le revisó los bolsillos, encontrando lo que buscaba, las fotografías. Las cogió.

Sólo entonces se dio cuenta de que aún respiraba.

Volvió a alzar el pico.

—¡No, no! —Y Jeff quiso impedir que le rematara, pero estaba demasiado asustado.

El pico descargó de nuevo un furibundo e implacable golpe, que ahora, ya sin paliativos, dejó sin vida a aquel hombre.

—Somos cómplices en esto —dijo Verónica, y le miró con una frialdad de iceberg en sus ojos claros—. Te conviene ayudarme, Jeff, te conviene…

—Yo no he hecho nada. —El espanto apenas le permitía articular las sílabas—. Nada…

—La policía no te creería. Jeff, conque vale la pena que te pongas de mi parte.

—¿Que quieres que haga? —preguntó, tal vez comprendiendo que Verónica tenía razón, que era tarde para retroceder, que todo aquello resultaba excesivamente comprometedor.

—¿No tenemos una pala? Pues podemos hacer un agujero y enterrarle. En medio de este mismo parterre. Nadie se dará cuenta de nada. Luego limpiaremos el pico y la pala, en el agua del surtidor, y lo sucedido quedará sólo entre nosotros. —Y añadió —: Todo se habrá solucionado. Habremos recuperado las fotografías y Charles no llegará nunca a enterarse de nada. —De pronto, exclamó—: ¡Anda, Jeff, empieza ya! ¡No tenemos tiempo que perder!

Jeff hizo el agujero en medio del parterre, y luego, entre los dos, levantaron el cadáver y lo trasladaron hasta allí. Luego, metidos en el parterre, taponaron el agujero.

Dejaron la superficie perfectamente lisa, y con la tierra todo lo apretada y pisoteada que requería el caso. Exactamente como estaba antes del crimen.

Seguidamente limpiaron el pico y la pala, dejando ambos utensilios donde las habían encontrado.

—Nunca hubiera podido suponer que fueras tan mala —masculló entre dientes Jeff, una vez hubo acabado con aquel detestable y tétrico trabajo.

—Déjate de susceptibilidades —sonrió ella, con cinismo—. Cada uno ha de saber en la vida lo que quiere, y yo quiero el dinero de mi marido. ¿Crees, acaso, que habiendo hecho ya testamento a mí favor, voy a permitir que nadie me lo arrebate? ¡Ni soñarlo!

Pero fue Verónica quien en ese momento se puso a temblar como si el espectro más horripilante, más pavoroso y más horrendo hubiera surgido ante ella.

—No están —gimió.

—¿De qué hablas? —preguntó Jeff.

—Las fotografías. —La voz se le había estrangulado—. Las he dejado aquí, sobre este tiesto, para ayudarte a trasladar el cuerpo… Han… han desaparecido.

—No han podido desaparecer —dijo Jeff, sofocado.

—Pues no están.

—¡No es posible!

—No están —repitió como un eco.

Entonces se dio cuenta de que sobre la arenilla del sendero estaban perfectamente marcadas las ruedas del sillón de inválido de su marido.

* * *

Verónica creyó que se moría. Creyó que se quedaba tan muerta como debía estarlo el mendigo.

Aquello daba al traste con todo. Hacía que se desmoronaran aparatosamente todos sus planes. Pero aún significaba algo peor.

Charles le había visto matar a un hombre. En consecuencia, ella estaba en manos de su marido. Implacablemente en sus manos.

Bastaba que Charles cogiera el teléfono y marcara el número de la policía.

Debía impedirlo, evitarlo. Puro, ¿cómo conseguir que Charles se apiadara de ella? Ningún factor estaba a su favor. Además, su marido estaría viendo ya aquella pornografía.

Sin embargo, no debía vacilar. Si vacilaba podía no llegar a tiempo.

Entró corriendo en la casa. Se dirigió hacia la habitación que era el dormitorio de su marido, actualmente en la planta baja. Cogió el manillar, empujando.

La puerta fue cediendo, y ella entró, pálida, muy pálida, pero consciente de que no podía dejar de dar la cara. Los hechos se imponían por sí solos.

Charles Wiseman se hallaba junto a la mesita de noche, con el portátil encendido. En sus manos estaban aquellas fotografías.

—Charles, perdóname —murmuró ella, y cerró la puerta tras sí, apoyándose de espaldas en la misma.

Su marido elevó la mirada. Una mirada de incalificable expresión. Que tanto podía augurar algo realmente piadoso como terriblemente cruel.

—¿De qué me pides que te perdone? —inquirió Charles, y en su acento hubo una calma que parecía ser la de un cementerio—. ¿De estas fotografías o del crimen que acabas de cometer?

—No me delates a la policía, por favor. —Poco a poco, Verónica se fue acercando al sillón de ruedas de su marido. De miedo, la lengua se le pegaba al paladar—. No me delates.

—Pensar que te creía la esposa más buena del mundo —dijo Charles ¡Qué ciego he estado! Me has traicionado hasta la saciedad… Aquí hay tres hombres, los tres distintos… Todos mejores que yo, ¿verdad?

Aquella calma de puro cementerio erizaba los pelos, los ponía de punta.

—Te lo ruego, Charles, no me delates a la policía.

—¿Por qué le has matado? —preguntó—. Te hacía chantaje con estas fotografías, ¿no es cierto?

—Sí —admitió. E intentó defenderse—. Yo no quería que llegaran a tus manos por nada del mundo. Con esos tres hombres, Charles, he acabado ya para siempre. Para siempre, te lo juro… Quería empezar junto a ti una nueva y distinta vida.

—Calla, Verónica, no te molestes… Ya nunca volveré a creer en ti. Pero, tranquilízate, no voy a delatarte a la policía. A menos que tú no te avengas a mis razones y me obligues a hacerlo.

—No, no. Charles. Haré todo lo que tú quieras, cuanto tú me pidas. Puedes estar seguro de ello.

A continuación se produjo una pausa larga, muy larga, lo suficientemente larga para que aquella calma de su marido, que al principio le había sabido a cementerio, se le antojara ahora que sabía a muerte…

Pero ¿la muerte de quién?

Sin embargo, aquella sensación, que a Verónica la sacudió de pies a cabeza, desde los cabellos a los talones, no era más que eso, una mera sensación. Que en realidad no tenía más importancia que nada. Por lo menos se esforzó por creerlo así.

Lo único verdaderamente importante, se dijo, era que Charles le había dicho que no la delataría. De momento no podía pedir más. Dentro de todo, podía considerarse afortunada.

Fue Charles quien rompió aquella pausa que a fuer de larga se había hecho interminable.

—¿Sabes, Verónica? A pesar de todo, aún te quiero. ¿No te ríes? Pues debieras reírte hasta que te doliera el estómago, hay motivos. Pero no, no —aclaró—, ya no quiero físicamente nada de ti. Es tarde para eso. Sin embargo, necesito verte, tenerte junto a mí, saber que no estás con otro… Así que, Verónica, si le avienes a no dejar esta casa bajo ningún concepto, a no abandonarme ni un solo momento, en tal caso, olvidaré el crimen que has cometido…

—¡Sí, Charles! —Casi gritó—. Ni un solo momento te abandonaré. ¡Bajo ningún concepto dejaré esta casa!

—Siendo así, todo queda perfectamente arreglado —puntualizó—. Ahora bien…

Ante aquella interrupción, Verónica sintió como si un cubito de hielo le pasara por la columna vertebral.

—Ahora bien —repitió Charles Wiseman—, necesito tres cabezas cortadas. Y yo, desde este maldito sillón de ruedas, no puedo separarlas de sus correspondientes cuerpos.

—¿Tres cabezas cortadas? —A Verónica le estaban zumbando los oídos.

—Si —ratificó Charles—. Necesito las tres cabezas de tus amantes. Necesito sentir esa satisfacción.

—No, Charles, no.

—¿Tanto significan aún para ti? —ironizó.

—No es eso, Charles. Te aseguro que no es eso.

—Necesito saber que están muertos. De otro modo no podría vivir tranquilo, los celos me devorarían las entrañas. —Y volvía a su acento aquella calma de cementerio —. Está decidido. Verónica. Los tres morirán. Y tú permanecerás quieta e insensible ante la muerte de ellos. De lo contrario, ya sabes, diría a la policía…

—De acuerdo, de acuerdo. —Tanto se apresuró a asentir, que hasta se atragantó —. Dejaré que hagas lo que quieras, todo lo que quieras.

—Ahora dime sus nombres. Dime quiénes son. Es imprescindible que esté bien informado.

CAPÍTULO V

Dennis Partton desempeñaba su cometido de jardinero con indudable naturalidad, parecía no haber hecho otra cosa en su vida. Con el pantalón tejano, el jersey de cuello alto y las tijeras o el pico o la pala en la mano, estaba que ni pez en el agua.

Había sido puesto al corriente de las costumbres de la casa y de los pormenores de la misma, así que le había costado muy poco acoplarse y desenvolverse como exigía el caso.

Sin embargo, Dennis Partton había tenido que enfrentarse con dos sorpresas de primer orden. Tan de primer orden ambas, que no sabía cuál considerar más importante.

Bueno, en verdad recibió la primera a poco de llegar allí; conoció a los dueños de la magnífica residencia, a quienes reconoció inmediatamente. Eran la pareja del lujoso descapotable, en la que él reparó aquella noche al salir con la pelirroja Raquel de la sala de fiestas. La misma pareja que luego, pocos kilómetros más allá, encontraron habiendo sufrido un terrible accidente.

La segunda sorpresa llegó más tarde, cuando entró en la cocina para almorzar.

En la mesa, con el chófer, el mayordomo, la cocinera, la doncella y demás componentes del servicio, se sentó una muchacha monísima, de ojos oscuros y vivaces, bien vestida, muy refinada, que indudablemente desencajaba un poco allí.

Dennis Partton la miró de arriba abajo, y de abajo arriba, diciéndose que era lo más precioso que sus ojos habían contemplado nunca. Se aseguró a sí mismo: «Con este bombón me caso yo».

—¿Quién es usted…? —preguntó, elevando la voz, luego de presentarse él, diciendo que era el jardinero de la casa, el suplente.

—Me llamo Diana —contestó ella—. Diana Lindsay. He venido a efectuar unos trabajos, unos escritos, a las órdenes del señor Wiseman. Solicitó mis servicios antes de sufrir el accidente, por lo que yo he venido en la fecha concertada sin saber en qué circunstancias iba a encontrarle…

—Lamentables, francamente —convino Dennis Partton.

Más adelante, a solas, se presentó la oportunidad de indagar, y no perdió la ocasión de hacerlo.

—¿Qué trabajo es ése al que aludía antes…? Si no le molesta mi curiosidad…

—¡Oh, claro que no! —exclamó ella—. Verá, mi trabajo consiste en seleccionar, corregir y pasar en limpio, a máquina, un sinfín de apuntes y relatos que el señor Wiseman tiene hechos sobre el jade. Para su mejor comprensión —añadió con una sonrisa— debe usted saber que el señor Wiseman vivió más de diez años en Hong Kong, dedicado al negocio de esa piedra semipreciosa, que ha conquistado a la mujer moderna por su elegancia y distinción.

—Y en recuerdo de esos años —sonrió a su vez Dennis— puso el nombre de Jade

a esta espléndida finca, ¿no es eso?

—Yo diría más bien —repuso la muchacha— que le puso el nombre en homenaje a los muchos millones que por lo visto amasó en aquellas exóticas tierras.

—Pero yo de él —opinó Dennis Partton— hubiera edificado esta casa en la ciudad, no en las afueras. Situada aquí, en un lugar tan apartado, parece como escondida. En fin, supongo que es cuestión de gustos. A propósito, ¿estará muchos días aquí, señorita Lindsay?

—Hasta que acabe mi trabajo.

—Pues vaya despacio… —Le guiñó un ojo. Y sin más—. A propósito, ¿dónde está situado su dormitorio?

Si ha venido de lejos, deduzco que pasará aquí las noches…

—Eh, oiga —protestó ella—, ¿qué se está creyendo?

—No sea mal pensada, por favor —se echó a reír—. Le aseguro que soy inofensivo.

—Pues no tiene trazas de serlo…

*** * ***

Los tres sobrinos iban a oír unas aterradoras palabras.

Charles Wiseman les reunió en el despacho, donde tenía su caja fuerte. Y ya sin necesidad de más, les dijo:

—¿Veis…? —Había abierto la caja de hierro—, aquí hay tres fajos de billetes. Cada uno contiene 500.000 dólares… A 500.000 dólares por cabeza estoy dispuesto a pagar…

Como es lógico, sus sobrinos no entendieron nada. ¿Qué iban a entender?

Pero tampoco creyeron, ni mucho menos, que aquello formara parte de una simple broma. El rostro del tío no daba opción a creer semejante cosa.

Quedaron rígidos, envarados.

—No te he entendido —dijo finalmente Robert, el mayor de los sobrinos, un joven alto, con el rostro lleno de pecas.

—Yo tampoco… —añadió su sobrina Katherine, hermana del anterior, y como éste, alta y con pecas en la cara.

—Ni yo… —intercaló Richard, el menor de sus sobrinos, primo de los dos anteriores, un muchacho de escasa estatura, de expresión tímida y vacilante.

—Verónica no es la esposa fiel que yo me imaginaba —dijo Charles, y su tono fue ronco, muy ronco. De un golpe brusco, acababa de cerrar la caja de caudales, encerrando de nuevo aquellos tentadores fajos de billetes—. Me ha traicionado con tres hombres… ¡Con estos tres hombres! —exclamó, arrojando las fotografías al aire, sobre ellos—. A estas tres cabezas me he referido. Ni más ni menos…

Se detuvo.

Los sobrinos recogieron las fotografías y las miraron. Pero no dijeron nada,

quedando entre ellos un silencio turbio y espeso como una niebla que llegara del otro mundo. De ese mundo al que Charles Wiseman pretendía llevar a los amantes de su mujer.

—Necesito vengarme de ellos —siguió diciendo— y como yo no puedo moverme de este sillón, el trabajo ha de hacérmelo alguien… Sé de sobra —miró a sus sobrinos uno a uno, fija y detenidamente—. Que vosotros ambicionáis mi dinero. Lo ambicionáis de un modo desbocado, violento… Sí es así, por más que hayáis pretendido disimularlo. Pero vuestro deseo, el de lograr mi dinero al precio que sea, brilla vehemente y malévolo en el fondo de vuestros ojos… Tenéis que saber —agregó— que había hecho testamento a favor de Verónica Pero, claro, lo he anulado, haciendo un nuevo testamento, dejándolo todo a obras benéficas… Todo lo que me quede al morir Pero aún no he muerto y… ¡aquí tenéis 1.500.000 dólares! Lo he dicho va, a 500.000 dólares por cabeza.

Tampoco ahora dijeron nada los allí reunidos. Habían sido brutalmente impresionados. No atinaban a reaccionar. O por lo menos ésta es la impresión que sacaba al mirarles.

—No me interesará saber, en absoluto, quién de vosotros es el que mata —puntualizó Charles Wiseman—. El que lo haga de vosotros tres, podrá quedar perfectamente en el anonimato… Me bastará con que me ofrezca la cabeza como prueba… Así que en tal sentido proceda, yo dejaré los quinientos mil dólares donde sea que el interesado me indique… ¡Y juro —exclamó, más ronca aún su voz— que cumpliré mi palabra! ¡Lo juro! ¡Lo juro! ¡Lo juro…!

No hacía falta que lo jurara tantas veces. Estaba claro que sería así. Siniestramente claro.

—El moreno —agregó Charles Wiseman— se llama Jeff… El rubio, William… El jovencito, Gerald… El tal Jeff vive en…

Y les informó al respecto, de éste y de los otros dos, sin omitir pormenores ni detalles de ninguna clase.

Seguidamente calló.

Ya lo había dicho todo. No le quedaba ya nada por decir. Por eso volvió a mirarles uno a uno, fija y detenidamente. En esta ocasión esperando que hablasen ellos.

Lo hizo Robert, el sobrino pecoso.

—Tío, has conseguido asustarme. —La voz, culeras que no, le vaciló ostensiblemente—. Esto no está bien.

—A mí también me has asustado —elijo Katherine, quien por lo visto pensó que lo mejor era repetir, más o menos, lo que acababa de decir su hermano.

—Otro tanto podría decirte yo… —intercaló Richard, el menor de los sobrinos, el muchacho de expresión tímida y vacilante.

—Ya lo sabéis —remachó Charles Wiseman—. ¡A quinientos mil dólares por cabeza! —Y concluyó—: Ahora podéis retiraros. Prefiero quedarme solo.

Se fueron del despacho sin hacérselo repetir. Daba la sensación de ser, para los

tres, un verdadero desahogo poder alejarse de allí.

CAPÍTULO VI

Lo normal era suponer que nadie iba a querer aquel dinero. Nadie absolutamente.

¿Nadie…?

Jeff no estaba tan seguro de ello, y como sea que Verónica le había telefoneado diciéndole que se hallaba en peligro de muerte, que tuviera mucho cuidado, que no se liara de nadie, se sentía muy excitado, no pudiendo conciliar el sueño por las noches. Y si dormía era peor, entonces sufría pesadillas.

Hasta entonces le atormentó el horror de recordar la muerte del mendigo. Ahora le atormentaba su propia seguridad.

Sabía de sobras que el peligro de muerte partía del marido de Verónica, de Charles Wiseman. Debía haber visto las fotografías…

Ahora, Jeff se daba cuenta de que no tenía nada de valiente. Además, lo peor era que se veía incapaz de tomar una determinación. Todo eran dudas, vacilaciones.

Hasta que, aquel anochecer, sin que nadie supiera exactamente por qué, se aclaró su semblante. Dio la sensación de que todo daba un giro favorable para él.

—Voy a salir —dijo.

Estaban cenando. Su esposa se quedó con el tenedor a medio camino, y le miró con recelo. Con el recelo de siempre, quizá con un poco más. Sabía que en la vida de su marido había otra mujer. Por lo menos, la había habido hasta hacía muy poco.

—¿Adónde vas a ir? —le preguntó.

—No pienses mal —repuso Jeff—, no seas desconfiada, y por favor, no vuelvas a empezar con tus celos de siempre, te juré que había acabado con mi aventura.

—¿Y debo creerte? —preguntó, recelosa—. No me inspiras mucha confianza, Jeff. Me has hecho ya demasiadas… Además, últimamente te he visto muy alterado.

Jeff no le había contado nada. Ni lo sucedido con el mendigo, ni tampoco, después, las intranquilizadoras palabras de aquella llamada telefónica.

Jeff conocía a su esposa, y sabía que haciéndole partícipe de sus inquietudes no iba a conseguir otra cosa que ser dos en lugar de uno a estar asustados y temerosos. Mejor, pues, abreviar en lo posible el malestar lógico e inevitable de aquellos momentos.

—Los negocios no me han ido bien estos días —se justificó—. De ello el que me hayas visto algo nervioso.

—Si sólo es eso…

—No es otra cosa, te lo aseguro. Bueno, saldré así que haya terminado de tomarme una taza de café. Bien mirado, no tengo demasiada prisa, no viene de un minuto…

—Pero todavía no me has respondido, ¿adónde vas a ir? Supongo que puedes decírmelo…

—Deseo respirar un poco de aire. Simplemente eso, créeme. No te preocupes,

regresaré enseguida.

Eso creía él.

Lo creía sinceramente.

La realidad iba a ser muy distinta. Tanto como pueda serlo la noche del día y el bien del mal.

Lo cierto es que no iba a regresar aquella noche, ni al día siguiente, ni nunca.

No podría regresar porque estaría muerto.

Pero eso sucedería luego, más adelante, cuando llegara a la playa, cuando se acercara a aquella cala de arena y pequeñas rocas, donde las adormecidas olas iban y venían, avanzaban y retrocedían de forma siempre igual, siempre idéntica. Eso sucedería después de ver la luna, que se perfilaba suavemente entre nubarrones que habían adquirido contornos extraños, insólitos.

Sí, Jeff reparó en la luna y también en las nubes. De momento sonrió un poco. Resultaba chocante. Una nube tenía el perfil de una pistola. De una automática, con silenciador…

Pero la tenue sonrisa había de morir de cuajo en sus labios, al presentir, de forma súbita, profunda, bestial, centelleante, que aquello era un aviso.

Un aviso tenebroso y siniestro que le llegaba del Más Allá. Aquello era como si una voz hueca, ultraterrena, espectral, le hubiera gritado:

—¡Prepárate a morir!

Se volvió en redondo, dispuesto a huir de allí a todo correr. Pero los pies le resbalaron entre las rocas, se le incrustaron en la arena, dificultando su acción.

De todos modos, ya era tarde para hacer lo que pretendía. Ante él, apenas a un par de metros, se hallaba, de tamaño normal, hecha de puro acero, la automática con silenciador.

Una mano humana la empuñaba. Con energía, con decisión, dispuesta a apretar el gatillo sin demora.

Jeff comprendió que no tenía escape. De ello que de su garganta surgiera un ensordecedor grito, un taladrante alarido; una voz preñada de todo el horror del mundo.

Pero nadie había de oírle. Aquel lugar estaba muy apartado. Las primeras casas de la pequeña ciudad se veían a lo lejos, demasiado a lo lejos.

—¡Quiero vivir! —exclamó, con tono descompuesto, frenético—. ¡No quiero morir así…!

La mano asesina se disponía ya a accionar el gatillo. Lo iba a hacer de un momento a otro.

—No, no… —Suplicó, cayendo de rodillas—. Piedad… Piedad… Piedad.

No la hubo. Ni poca ni mucha. Ninguna.

La pistola se disparó una y otra vez, y las balas se incrustaron blandamente en el pecho de Jeff, que cayó hacia atrás, inundada de sangre su camisa blanca.

Profirió un doloroso y desgarrador gemido y se llevó las manos al pecho,

manchándoselas con su propia sangre. Fue esto lo último que hizo, a no ser dejar caer la cabeza a un lado y quedar ya completamente inmóvil.

Entonces apareció un bisturí. Un brillante y afiladísimo bisturí, que suplantó a la pistola automática, con silenciador, en aquella mano asesina.

Apareció, también, un pequeño saco.

Poco después, el bisturí se acercaba al cuello de Jeff y sin flaquear en modo alguno, empezaba a cortar el cuello de derecha a izquierda, de un extremo a otro.

Pero Jeff no estaba aún enteramente muerto y ante el corte incisivo del reluciente acero, se agitó, dio una sacudida, abrió los ojos y desorbitó alocadamente la mirada…

Esto sí fue, realmente, lo último que hizo. Murió en aquel momento.

Momento que no respetó el bisturí, que siguió su aterradora faena hasta llegar al final que se había propuesto.

Y el final era separar por entero, por completo, aquella cabeza de aquel cuerpo.

Luego, la cabeza, cuando dejó de manar sangre, fue a parar al fondo del saco.

El saco, finalmente, quedó anudado en lo alto.

Después, la mano se lo llevó…

*** * ***

Charles Wiseman no se había acostado. Hacía ya varias noches que no lo hacía. Permanecía dormitando en su sillón de ruedas, esperando que de un momento a otro empezara a cumplirse su venganza.

Sucedió un aquel preciso instante. Alguien dejó pasar un papel a través de la ranura de la puerta. El ruido resultaba inconfundible.

No le hizo falta más, encendiendo la luz de la mesita de noche. En efecto, se trataba de un papel, cuidadosamente doblado en cuatro.

Ansiosamente, febrilmente, impulsó su sillón hacia allí, hacia la puerta, hacia el papel.

El cual leyó, mientras una sonrisa de triunfo asomaba a sus labios. Una sonrisa que durante mucho rato quedó en su rostro, como petrificada.

El papel había sido escrito a máquina. Con la máquina que había en su propio despacho. La que utilizaba la señorita Lindsay para pasar a limpio sus trabajos relacionados con el jade. Reconoció perfectamente sus caracteres y sobre todo la letra «a», que la tecla no pulsaba exactamente en el sitio requerido.

El contenido de aquel papel decía:

«Un asunto está ya solucionado. La prueba la encontrarás en el surtidor.

Deja allí los quinientos mil dólares.

»¡Hasta la próxima!».

Charles Wiseman cogió una linterna que guardaba en el cajón de su mesita de noche, preparada ya para ese momento. Y seguidamente salió de la habitación.

Tenía ansias de encontrarse en el jardín, junto al surtidor, pero contuvo su impaciencia. Todo a su debido tiempo.

Se dirigió al despacho, y una vez allí, encendiendo la linterna, abrió la caja de caudales. Pero antes se había asegurado de que estaba solo, de que nadie le espiaba. Sólo él debía saber qué combinación abría aquella caja de hierro.

Cogió uno de los tres fajos de billetes, y volvió a cerrar herméticamente.

Acto seguido, llevó las ruedas de su sillón hacia la puerta que daba al parque-jardín, la cual abrió, saliendo al exterior.

Fue avanzando a través del sendero enarenado, hasta llegar al surtidor. Entonces volvió a encender la linterna, proyectando el foco de su luz en torno suyo.

Enseguida dio con lo que buscaba. ¡Sobre el agua del surtidor flotaba la cabeza de Jeff!

Flotaba, no se hundía, porque como tétrico adorno, llevaba adosados varios trozos de corcho.

Los ojos de Jeff seguían terriblemente abiertos.

—Perfecto —murmuró Charles Wiseman, y dejó allí mismo, en el suelo, los quinientos mil dólares.

CAPÍTULO VII

Su horario empezaba u las nueve de la mañana, y Dennis Partton, a aquella hora, como cada día, estuvo puntualmente en su puesto.

Pero antes ya habían sonado gritos de horror y de espanto por toda la casa. ¡Habían encontrado la cabeza de un hombre flotando sobre las mansas y plácidas aguas del surtidor!

—Si puedo ayudarla en algo, señora —se ofreció gentilmente a Verónica, aprovechándose de la confusión general.

Ésta le miró con intensidad. Era demasiado buen tipo para que, ni siquiera en semejantes circunstancias, pasara por alto el detalle. De hembra insaciable lo tenía todo, máxime cuando se encontraba con hombres que valieran la pena.

—Pase… Pase… —le indicó la entrada de la casa y luego el despacho, donde se hallaba Charles Wiseman en su sillón de ruedas, con una manta a cuadros sobre sus inexistentes piernas—. Quizá mi marido le necesite.

—Estoy a sus órdenes, señor —era el único que conservaba la serenidad en medio de tantos gritos y tanto alboroto.

—¿Usted es…? ¡Ah, sí, el jardinero suplente! Pero no, no le necesito. De momento al menos. Ahora sólo hay que hacer una cosa, telefonear a la policía —y agregó con gesto irónico—: Cuando se encuentra un cadáver, es lo que procede, ¿no es eso?

—En efecto, señor.

No tardó en presentarse el teniente Binters, del Departamento de Homicidios. Precisamente él.

Cruzó una rápida mirad con Dennis Partton, pero no dijo nada. Como si le fuera enteramente desconocido.

—Quizá le convenga saber —dijo Charles Wiseman al policía, al poco de tenerle delante— que el otro día propuse unos cuantos disparates a mis tres sobrinos… —explicó en qué términos y debido a qué se había expresado del modo que lo hizo—. Pero, claro, como usted comprenderá, teniente, sólo fue un arrebato de nervios… Después, todo pasó. No lo había dicho en serio, por descontado que no. Y mis sobrinos fueron los primeros en darse cuenta de ello… En realidad, el asunto careció de toda importancia… Me hago cargo, empero, de que lo sucedido, por lo que encierra de coincidencia, complica y agrava momentáneamente mi postura ante la justicia.

El teniente Binters levantó uno ceja, luego la otra y después se mordió el labio inferior. Se abstuvo de todo comentario.

Minutos después, interrogaba a la servidumbre e hizo asimismo un par de preguntas a Dennis Partton, para cubrir las apariencias. No le dijeron nada de importancia.

Después interrogó a los sobrinos del dueño de la casa.

Robert, el alto y pecoso Robert, respondió con relativa tranquilidad al teniente Binters, asegurándole que no se había movido de su dormitorio. Refiriéndose a su tío, opinó que lo que dijo días antes, lo dijo, sin lugar a dudas, como quien pretende gastar una broma. O algo muy parecido.

—Una broma un tanto pesada, de muy poco gusto —admitió—, pero simple broma al fin y al cabo…

Después habló con Katherine. Ésta, no tan tranquila como su hermano, por lo que la palidez de su fisonomía hacía que las pecas le resaltaran aún más.

—Me acosté a eso de las diez. No me he levantado hasta oír los gritos de los criados. ¿Qué creo de lo que dijo mi tío…? Con franqueza, no me tomé en serio sus palabras. Mi tío es una buena persona.

Cuando le tocó el turno a Richard, el muchacho de escasa estatura, de expresión tímida y vacilante, la conversación se convirtió en un auténtico problema. Estaba tan nervioso que no había forma de sacarle las respuestas. Temblaba como una hoja de papel.

Terminó respondiendo lo mismo que sus primos, que había dormido toda la noche, que no había salido para nada, y que respecto a su tío, opinaba que lo dicho por él, no fue más que un arrebato, sólo eso. Su tío era un perfecto caballero.

El teniente Binters se abstuvo también de todo comentario. Pero ahora pensó, no pudo dejar de pensarlo, que todos pretendían quedar bien con su tío. Esto lo primero. Se comprendía perfectamente… Al fin y al cabo, a fortuna de Charles Wiseman no era ninguna bagatela.

Tampoco sacó nada en claro al preguntar a la señorita Diana Lindsay. Ella era nueva en la casa y no podía decir nada, porque nada sabía. Estaba al margen de todo.

Acto seguido, el teniente Binters interrogaba a la esposa de Charles Wiseman, cuyo llamativo busto se mostraba visiblemente agitado. Reparó también en lo inquieto de su mirada… Y también, ¡cómo no!, en sus preciosos muslos que la minifalda dejaban ver con generosidad. Sin desmerecer su deslumbrante y larguísima cabellera rubia.

—Con usted todavía no he hablado —dijo el teniente Binters—. Es usted la señora Wiseman, ¿verdad?

—Sí —dijo Verónica.

—Dígame lo que sepa del asunto. Sabemos —apuntó— que conocía a la víctima muy íntimamente.

—Sí, no voy a negarlo —asintió—. Pero al margen de esta confesión, no sé nada más y en consecuencia no tengo nada más que añadir.

—¿Qué opina de los sobrinos de su marido?

—No creo que esta noche pasada se movieran de aquí. Con esto queda enteramente respondida su pregunta, ¿no es eso, teniente?

—Y usted, señora Wiseman, ¿estuvo toda la noche bajo el techo de esta casa?

—Sí, en mi dormitorio —dijo, sin más comentarios.

—¿Está segura?

—Si usted no lo está, pregúntele a mí marido…

—Cada noche —le hizo saber Charles Wiseman— la encierro en su dormitorio, que ahora se halla situado también en esta planta baja. No podría salir ni aunque quisiera.

—En cuanto a esas fotografías —inquirió el teniente, en esta ocasión mirando escrutadoramente a Charles Wiseman— a las que usted mismo ha aludido antes, ¿quién se las entregó…?

Verónica se estremeció.

—Las recibí por carta —respondió secamente el señor Wiseman—. Es todo lo que puedo decirle. Ignoro, por tanto, el nombre de la persona que me las envió.

—Bien, bien —rezongó el teniente.

*** * ***

El teniente Binters estaba ahora en su despacho de comisaría. Ante él, el joven y dinámico Dennis Partton, que acababa de robarle un cigarrillo de la caja de madera colocada sobre la mesa.

—Dime todo lo que sepas.

—No es mucho.

—Desde luego, una vez más donde te metes tú.

—… hay un crimen —concluyó Dennis—. Sí, es cierto, es como si la tomasen conmigo, pero yo no tengo la culpa. Pues bien, no es mucho lo que sé, pero quizá si sea suficiente para sugerirte alguna idea.

—Te escucho.

—El señor Wiseman encierra cada noche a su esposa, es cierto lo que te ha dicho. Y según he podido enterarme por los criados, esa habitación, a más de la referida puerta, no tiene más salida que una ventana, que yo mismo he podido ver que está enrejada.

—¿Qué deduces de ello? —preguntó el teniente Binters.

—Esto es lo desagradable, cuesta deducir. ¿Por qué motivo una mujer como ésa, que de flamante lo tiene todo, soporta que su marido la tenga prisionera? Aunque le haya descubierto un amante, o tres amantes, para el caso es lo mismo, esto no justifica tal medida por parte de él, ni tal mansedumbre por la de ella. Aquí hay algo más. Algo que juntos encubren.

—Evidentemente.

—Si todo ha acabado entre ellos, para eso está el divorcio. Una medida más normal para zanjar un asunto de tal índole, ¿no crees?

—Evidentemente —repitió.

—Respecto a los tres sobrinos —detalló Dennis Partton— me parecen poco de

fiar, en igual medida.

—¿Qué crees…? ¿Han debido considerar buena la proposición de su tío…? Me refiero a esos quinientos mil dólares…

—El resultado no se te ha podido ofrecer más elocuente. Entre ellos, qué duda cabe, está el asesino. Pero tienes que encontrar pruebas, como yo he de encontrarlas de lo que a mí me concierne. En cuanto a la señorita Lindsay… —Se le escapó un silbido.

—No me digas más —bromeó el teniente.

—Monísima, ¿eh?

—Sí, desde luego. Pero ¿qué me dices de la señora Wiseman? Está de auténtico campeonato. ¿Qué —indagó—, no se te ha insinuado aún?

—Todavía no —rió.

—¿Estás espetando que lo haga ella? —Quino saber.

—No —contestó—. No me gustan las casadas… que tienen el marido en un sillón de ruedas.

—Correcto.

—Además, si estoy en la casa de jardinero, es por ella… Así que, de sus encantos, no me fío ni un pelo.

—Todavía no me has dicho por qué estás allí. ¿Es demasiado pronto para saberlo? Ya sé que no te gusta hablar hasta que has dado de pleno en la diana…

—Sí, todavía es demasiado pronto. No salgo de meras suposiciones. Lo que es muy poco.

—Suerte, detective.

—Suerte, teniente. Que creo que la necesitas aún más que yo.

CAPÍTULO VIII

Se había acercado al sillón de ruedas de su marido. No podía estar más nerviosa y excitada.

—¿No te das cuenta, Charles? Al final vas a perderme. La policía ha empezado a merodear por aquí… Si encuentran el cadáver del mendigo…

—¿No lo enterrasteis bien? —ironizó—. Pues estate tranquila. La policía no es tan lista.

—Si traen perros y empiezan a husmear el terreno… ¡Oh, Charles, voy a acabar en la cárcel, si sigues por este camino! Además, también tú vas a acabar mal si persistes en la venganza.

—Sólo respiraré a gusto cuando hayan muerto los tres —y la respuesta fue sencillamente estremecedora.

—Además, ese jardinero… —Verónica se sofocaba al hablar, parecía estar mal de los bronquios.

—¿Qué le sucede?

—El suplente…

—¿Qué pasa con él?

—Sería mejor que mañana le dijeras que no vuelva, que ya esperaremos a que su compañero se restablezca. Compréndelo, Charles, si le da por meterse en el parterre y…

—Te has vuelto muy miedosa, Verónica. Antes no lo eras tanto. Por lo menos no lo fuiste aquella noche, cuando aquel hombre viejo, achacoso, te hizo chantaje…

—Cállate, Charles, no menciones aquello. Quiero olvidarlo.

—Una medida muy cómoda.

—Te lo ruego, dile al jardinero que no vuelva.

—Levantaríamos sospechas, ¿no lo comprendes? Enseguida se enteraría el teniente Binters y nos cosería a preguntas…

—Sí, claro —se hizo cargo— tienes razón, no sería una medida prudente. Es mejor no decirle nada.

—Bueno, ya es tarde —cortó bruscamente la conversación— vete a tu dormitorio. Ya le sigo.

—¿Hoy también vas a encerrarme?

—Sí. No dejaré de hacerlo mientras mi venganza no haya llegado a feliz término. Supongo que no vas a rebelarte, ¿eh? —Y su tono amenazaba como un rayo presto a descargar su furia.

—No, no… —se apresuró a decir—. Claro que no.

—Me satisface que así sea, Verónica. De lo contrario, sabes de sobra lo que, bien a pesar mío, me vería obligado a hacer.

* * *

Mientras tanto, en el parque-jardín se hallaba Dennis Partton, esperando a que se apagaran todas las luces de la casa.

Ése sería su momento para empezar a actuar.

Ya todo finalmente a oscuras, se acercó a la casa por la parte trasera de la misma. Se agachó para coser una piedrecita, que arrojó no demasiado fuerte sobre los cristales de una ventana. Después repitió la operación.

Era el dormitorio de Diana Lindsay. En el primer piso, si bien situado en un extremo de aquel lugar de la casa.

Poco después, la ventana se entreabría y el bonito rostro de la muchacha aparecía en lo alto. Le vio con los ojos muy abiertos, llenos de asombro.

—¿Usted…? ¿Qué hace usted aquí?

—Necesito entrar —le dijo él, con las manos formando bocina, para no alzar la voz, pero para que ésta llenara más fácilmente a la muchacha—. Va a ayudarme, ¿verdad?

Los últimos acontecimientos habían sido terribles y ella se encontraba ahora, en aquella casa, profundamente incómoda, y además, muy inquieta y desasosegada. Pero no le había seducido la idea de abandonar su actual empleo, sin duda porque hacerlo así significaba separarse del joven que aseguraba ser jardinero, por el que ella estaba sintiendo muy marcadas simpatías. Así que, sin necesidad de pensárselo dos veces, se oyó a sí misma responder:

—Sí, voy a ayudarle. ¿Qué tengo que hacer?

Vio que Dennis Partton sacaba una cuerda, que desenrollaba y al poco tiraba hacia lo alto.

—¡Cójala! Eso es… Muy bien… Ahora, sujétela a cualquier parte… Que quede fuerte…

Instantes después estaba ya arriba.

—¡Es usted un encanto de chica! —exclamó—. Debiera darle un beso para agradecerle el favor.

—Dígame quién es usted —ella le miró con atención—. Porque usted tiene de jardinero lo que yo de artista de cine.

—Pues usted de artista de cine tiene mucho, todo lo guapa que es…

—No tergiverse la situación. Si le he ayudado a subir, es porque tengo confianza en usted, porque presiento que es policía…

—No, no soy policía —afirmó.

—¿De veras que no?

—De veras.

—Entonces., ¿por qué se inmiscuye en todo esto? A usted no le viene ni le va… En fin, dígame qué pretende metiéndose a estas horas en esta casa.

—Merodear un poco. En el despacho, por ejemplo. Allí quizá encuentre algo que me lleve a…

—Que le lleve, ¿a qué? —inquirió.

—No sé decírselo. Está aún todo muy confuso.

—¿Se refiere a la muerte de ese hombre, de ese amante de la señora…?

—No exactamente —reconoció—, pero si de un tiro pudiera matar dos pájaros…

—¿De qué pájaros habla?

—Otro día se lo explicaré. Ahora debo poner manos a la obra; Pero antes, permítame un consejo, un leal e inteligente consejo. Haga su maleta y lárguese cuanto antes de aquí.

—¿Es que quiere perderme de vista?

—No me imagine con tan poco gusto, que lo tengo muy bueno. Simplemente se lo digo, porque si bajo este techo vive un criminal, un asesino, no resulta fácil predecir qué peligros, en un momento dado, puede entrañar el mero hecho de estar a su lado. Además, el trabajo que ahora hace, ya no interesa a nadie. Cuando con antelación fueron requeridos sus servicios, el señor Wiseman debía sentir un particular interés por el asunto, pero desde entonces han sucedido tantas, tantas cosas… Indudablemente demasiadas…

—Posiblemente tiene usted razón. Pero con franqueza, había empezado a tomarle cariño a ese trabajo.

—¿Tan distraído, tan interesante es?

—Sí, desde luego.

—Pero si es lista, se irá…

—Y usted, si es tan listo, ¿por qué está aquí?

—Porque me gusta saberlo todo. Soy un hombre muy curioso.

—Oiga, si lo sabe todo, supongo que sabrá la definición que del jade hizo Confucio.

—Pues no, ni palabra.

—Lo calificó de… «Suave y brillante como la inteligencia; de bordes agudos, pero no cortantes, como la justicia; luminoso como el cielo y firme como la Tierra…».

—¿Y eso a qué viene ahora?

—Viene a que si va usted al despacho, a merodear, a meterse donde no le llaman, lo único que sacará en limpio será encontrar papeles y más papeles hablando y refiriéndose al jade, y a la estancia del señor Wiseman en Hong Kong.

—Pare —la interrumpió—, es aquí donde me escuece… Me parece que el señor Wiseman, cuando estuvo en Hong Kong, se dedicó a algo más que a comprar y vender jade.

—¡Ah!

CAPÍTULO IX

De puntillas empezaron a bajar la escalera.

Primero iba Dennis y luego la muchacha. Él la cogía de la mano y tiraba de ella.

Se dirigieron hacia el despacho, cuya puerta entreabrieron lentamente para no hacer ruido. Ya dentro, volvieron a cerrarla.

—Soy una tonta —murmuró ella—. ¿Qué gano yo metiéndome en todo esto?

—Ponerse de mi parte —dijo él, y encendió el portátil de la mesa de escritorio, pero agachando su pantalla para que la luz apenas se proyectara—. ¿Le parece poco?

—Muy poco. Usted no es para mí otra cosa que un desconocido.

—Un desconocido que le ha caído simpático, y no sin razón.

—Ande, deje de adularse y busque de una vez lo que sea. Cuanto antes acabe, tanto mejor.

Puso manos a la obra. Pero la misión que se había impuesto no era sencilla, pues en definitiva se trataba de revisarlo todo sin dejar, empero, huellas de su paso por allí. Ni el menor indicio debía quedar.

—Qué, ¿encuentra algo? —le preguntó Diana con voz sigilosa, poco después.

—Me parece que aquí hay algo que… —respondió Dennis.

Pero se interrumpió, al percibir un leve ruido que llegaba de fuera, del vestíbulo.

—¡Apague la luz! —le ordenó a ella—. ¡Rápido! ¡Y venga conmigo tras este cortinaje de la ventana!

Diana le obedeció con presteza y allí, tras el cortinaje, quedó muy junto a Dennis Partton, que aprovechó la ocasión para arrimarla bien a su cuerpo. Con sentido del humor comentó:

—No me importaría estar así toda la noche.

Luego calló. Sabía la importancia de aquel momento. Porque indudablemente, alguien iba a entrar allí. Mala cosa sería que les descubrieran.

Efectivamente, segundos después, alguien penetraba en la estancia. Eran unos pasos regulares, simétricos.

—El señor Wiseman no es… —pensó Dennis Partton—. Él no tiene piernas, así que carece de pasos…

Hubiera dado cualquier cosa por asomar la cabeza y ver, o intentar ver, de quién se trataba. Pero la prudencia le indicaba no hacerlo así, máxime cuando la muchacha estaba a su lado y su deber era, no sólo defenderla, sino, no comprometerla.

La persona que acababa de entrar, no encendió la luz. Dejó la estancia a oscuras. Parecía bastarle la escasísima claridad que entraba a través de la ventana.

En eso, le oyeron teclear en la máquina. No mucho. Unas ciento cincuenta o doscientas pulsaciones. Luego los pasos se alejaron hacia la puerta, terminando por oírse cómo ésta se cerraba.

—¿Quién era…? —preguntó Diana, pegada a él—. ¿Lo ha averiguado usted?

—No. Me he quedado con las ganas de saberlo.

—Yo diría…

—¿Qué diría?

—Que era la señora Wiseman.

—Está encerrada en su dormitorio. Es la única persona que no puede haber llegado hasta aquí.

—Bueno, quien haya sido, ¿a qué habrá venido?

—Quizá lo averiguaremos si echamos una ojeada a la máquina de escribir —y se dirigió de nuevo hacia la mesa de escritorio.

—Lo que haya escrito, se lo habrá llevado. Es lo lógico de suponer, ¿no cree?

—A menos… —apuntó Dennis.

—Prosiga. No se detenga. Parece querer tenerme el alma en un hilo. ¿No comprende que estoy muy nerviosa?

—A menos —repitió— que lo haya escrito en mi honor.

—No le comprendo… —dijo, pero se sintió asustadísima.

—Quizá sabe que estamos aquí, bueno, que estoy yo… Y quizá no le resulte tranquilizadora mi presencia… En tal caso, a lo mejor me ha dejado un aviso, algo así a… «O te largas, o peligra tu vida».

—¡Oh, no! —Ahora Diana no se sentía asustadísima, era algo peor. Estaba espantada.

Se acercaron a la máquina de escribir. No habían vuelto a encender la luz, por lo que Dennis Partton tuvo que sacar su encendedor. Leyó lo que ponía amparado en aquella temblorosa llamita.

«Si quiere encontrarme, vaya a… —La dirección estaba escrita a máquina con mayúsculas— y espéreme junto al portal de la casa. A las doce estaré allí. No faltaré».

—Supongo que no va a ir… —Se angustió la muchacha.

—Pues supone mal, francamente mal. Me va a faltar tiempo para acudir a tan fascinante cita.

—No sabe quién le espera…

—Por eso resulta fascinante.

—Puede ser el asesino… —le recordó Diana, aunque resultaba obvio que Dennis tenía muy presente tal posibilidad.

—Es muy probable, claro. Pero estaba buscando una rama a la que asirme y esto es más que una rama.

—Si está alta, puede caerse y romperse la cabeza. Y no creo que la tenga tan dura, como para quedarse fresco como una rosa.

—Tendré cuidado, si es esto lo que le preocupa. Además, se lo digo para su

tranquilidad, llevo pistola.

—Es el primer jardinero que yo sepa que la lleva.

—Bueno, salgamos de aquí. Subiré a su dormitorio y desde allí me descolgaré. Debo darme prisa, si no quiero llegar tarde.

* * *

Acababan de dar las doce y nadie comparecía por aquella estrecha y oscura calle. Dennis Partton oía las voces que salían de una taberna, que se hallaba situada a menos de veinte metros de allí, y veía a las parejas, muy amarteladas, que entraban y salían.

Sacó un cigarrillo y lo encendió. Una manera como otra de que los minutos no le resultaran tan largos.

Pero aún no había despedido la primera bocanada de humo, cuando vio que se le acercaba una mujer, relativamente joven, muy pintada, de gesto vicioso y procaz, que le preguntó:

—¿Busca compañía…?

—No —dijo él—. Estoy esperando a alguien.

Entonces ella se destapó.

—Sé a quién esperas.

—¿En serio? —Dennis torció la boca en una sonrisa de circunstancias—. Pues sabes más que yo.

—Esperas a quién te ha escrito… —insinuó.

—Sí, esto es cierto —asintió—, ¿cómo lo sabes tú? ¿Vienes de su parte?

—Me han pagado por darte un encargo. Esto es todo.

—Pues dámelo.

—Debes entrar en esa taberna y colocarte en la barra, en la parte izquierda. Alguien se pondrá a tu lado y te dará la conversación que buscas.

—¿Nada más?

—A mí no me han dicho otra cosa.

—De acuerdo.

Arrojó el cigarrillo al suelo y lo chafó con la suela del zapato, en un movimiento maquinal. Después se dirigió hacia la taberna, donde entró tras haber echado una mirada circundante.

Fue hacia la barra, hacia la izquierda, según lo convenido, y pidió un *whisky*. Vio que había muchas prostitutas. Pero fue un hombre quien se puso a su lado, era bajito y delgado, se sofocaba bastante al hablar. Debía padecer asma.

—Me está esperando, ¿verdad?

—Depende de quién sea usted —dijo Dennis, y se tomó el *whisky* de un solo trago. Quizá para estar acorde con el ambiente.

—La persona que me envía, se ve obligada a tomar ciertas precauciones,

¿comprende…? Usted ha podido avisar a la policía, lo que complicaría las cosas.

—Me hago cargo. De todos modos, yo no he avisado a nadie. No me gustan los trucos demasiado gastados, demuestran falta de imaginación. ¿Dónde está la persona que le envía?

—En un reservado.

—¿Aquí? —preguntó.

—Sí.

—Pues vamos…

Siguiendo al sujeto bajito y delgado, que parecía padecer asma, Dennis Partton se encaminó hacia el susodicho reservado, situado tras una tela impregnada del humo de los clientes.

Mientras andaba movía los dedos, recalentándoselos, por si las moscas. Comprendía que se estaba metiendo en un berenjenal y que en el momento más inesperado podía empezar la juerga.

Pero así que la tela impregnada del tabaco de los concurrentes dio paso al pequeño reservado, Dennis cayó en la cuenta de que, de momento al menos, todo marchaba sobre ruedas.

Para llegar a tal deducción, le bastó reparar en el aspecto de la persona que le esperaba. Un hombre alto, elegantemente vestido, que daba la sensación de pertenecer al gran mundo.

—Aquí estoy —repuso Dennis—. ¿Qué tiene que decirme…?

—Más que decirle algo —le respondió— tengo que hacerle una pregunta, que creo será afirmativa.

—Si usted lo dice… Venga esa pregunta.

—¿Le gusta a usted el dinero?

—Eso es como preguntar a un hombre si le gustan las mujeres.

—Perfecto. Pues bien, yo le ofrezco una elevada cantidad, sin duda más de lo que usted espera.

—No espero nada. Por lo demás, si me ofrece esa elevada cantidad, supongo que será por algo más que por mi cara guapa. Vengan las condiciones.

—Sencillas.

—Mejor que lo sean. Las complicaciones siempre resultan un poco enojosas para… ambas partes. Con esto le quiero decir —detalló— que a usted también le conviene simplificar la cuestión.

—Yo me limito a obedecer órdenes.

—Lo sé, la persona que «exactamente» busco, sé la cara que más o menos tiene.

—No saberlo con exactitud, no es saber nada.

—En esto estoy de acuerdo con usted. Bueno, no nos separemos del tema. Estábamos en que son sencillas las condiciones que tiene usted sobre el tapete.

—Sumamente. Sólo se trata de que se aleje de ciertas vidas. Puntualizando, no debe volver a pisar la finca del señor Charles Wiseman.

—Soy jardinero. Allí me gano el pan nuestro de cada día.

—Eso no se lo cree ni un idiota —dijo el hombre, que a pesar de sus palabras seguía mostrando una perfecta y absoluta compostura.

—Lástima —ironizó Dennis—, pensé que quizá lo fuera usted.

—No, ni la persona cuyas órdenes yo acato. Bien, ¿qué me contesta? Supongo que tendrá una respuesta concreta para mí.

—Más concreta no va a poder ser —y aclaró—. Yo no me vendo, señor mío. Es una costumbre adquirida desde que vestí pantalones largos. En cuanto a lo que usted sabe y no quiere decirme, ¿no se le ha ocurrido pensar que puedo sacárselo a la fuerza…? Por ejemplo, a puñetazos. Tengo aspecto de saber propinarlos mejor que usted.

Le cogió por tas solapas.

—Y a usted —dijo el hombre, imperturbable—, ¿no se le ha ocurrido pensar que aquí al lado puede haber tres o cuatro sujetos esperando el momento de intervenir, si el caso lo requiere…?

—Yo suelo pensar en todo —contestó Dennis Partton—, pero usted, por lo visto, ignora algo vital… Yo soy capaz de atreverme con tres, con cuatro o con más sujetos a la vez… Con franqueza, no voy a negarlo, me las doy de bravucón…

En aquel momento se oyó la sirena de la policía, y el hombre alto y elegante, sobresaltado, dio un súbito y violento empujón a Dennis.

Éste fue a parar al suelo, de donde se levantó rápido como una centella. Pero ya para entonces, el hombre había salido del reservado y había desaparecido como por arte de magia.

CAPÍTULO X

Estaban en el despacho de comisaría.

—¡Qué manera de echarme el plan abajo! Francamente, lo que menos me esperaba era tu intervención.

—Lo lamento —dijo el teniente Binters—, pero no creía que tú solo te las estuvieras componiendo tan bien… De momento al menos, claro… Quedaba la segunda parte y quizá no hubieras salido tan bien librado como supones. Lo cierto es que me telefoneó la señorita Lindsay, sí, ella, la que el otro día te hizo soltar un silbido, y me puso al corriente de la cita que tenías, estaba muy asustada… Yo, por mi parte, no he querido que te pasara nada malo.

—Gracias… Gracias. Pero oír la sirena de la policía y echar a volar el pájaro, todo ha sido uno. Pista eclipsada.

—Pero, bueno, ¿tú qué buscabas…? Porque el asesino de Jeff lo estoy buscando yo, ¿no? ¿O me estás ayudando…? —sentenció, sin darle tiempo a responder—. Recuérdalo, no he pedido tu ayuda. Ni tú ayuda ni tu intervención.

—Ya lo sé, ya lo sé, ya te conozco, tienes el pundonor a flor de piel. Pero si yo voy a lo mío —hizo constar— y alguien se mete conmigo, y me cita, ¿qué voy a hacer…? Sólo era posible una cosa, dar la cara y ver qué pasaba.

—Al leer lo que estaba escrito en la máquina, debiste telefonearme e informarme debidamente. Aquí, el policía soy yo.

—Puesto que lo eres, supongo que estarás llegando a sustanciosas conclusiones.

—Pues, no —reconoció el teniente Binters—, estoy como al principio. Dime lo que opinas tú. Ya que te metes en lo mío, al menos que me sirva de algo.

—La persona que entró en la estancia y escribió en la máquina, era de la casa. Se reafirma la sospecha, puesto que no tropezó con ningún mueble y además escribió sin necesidad de encender la luz. Conocía la máquina, esto resulta indudable.

—¿Qué más?

—Mi otra sospecha, asimismo, también se reafirma. Por los papeles a los que pude echar una ojeada, se desprende la clase de desplazamientos y viajes que por aquel entonces efectuó… Sí, creo que Charles Wiseman hizo negocios poco limpios en Hong Kong… ¿Qué clase de negocios? Dada la fortuna cuantiosa que amasó, yo me inclinaría a suponer que en ellos tomó buena parte el opio… No pasa de ser una hipótesis, claro… De todas maneras, su magnífica finca, Jade, se halla situada demasiado en las afueras… Digo demasiado, porque ante su aislamiento uno piensa que quizá su intención al construirla fue preparar de antemano una posible huida. ¿De quién? Tal vez de algún socio… Puede que de la propia policía…

—Sigue —el teniente Binters se incorporó en su asiento, atento a lo que escuchaba.

—Poco más creo haber sacado a flote, pero no desisto de mi pretensión, así que

de un modo u otro intentaré adentrarme en la cuestión. Sinceramente, no sé si todo ello tiene o no aleo que ver con el motivo fundamental que a mí me lleva. Sin embargo, me consta que hasta cierto punto son afanes que tienen mucho de paralelos, o más bien de convergentes, por lo que, estoy seguro, uno me llevará al otro…

—¿Tienes algún plan trazado? —quiso saber.

—¿Para qué me lo preguntas, para echármelo a rodar a la primera ocasión? ¡Ni hablar! A este respecto no vas a sacarme ni una sola palabra. Como si fuera mudo de nacimiento.

—Bueno, bueno, —no le tocaba otro remedio que tomárselo con resignación, con filosofía.

—Pero tú sí puedes ponerme al corriente de las medidas que ya has tomado, ¿no crees?

—¿Por qué no? Primero; prevenir a esos dos amantes de la señora Wiseman, ese tal William y ese tal Gerald. Secundo; tener discretamente vigilada la casa del señor Wiseman, con órdenes bien concretas de seguir a quien salga de allí…

—Medidas muy oportunas —comentó Dennis Partton con un poco de sorna— que el asesino dará por descontado que las has tomado.

—¿Insinúas que no van a servir de mucho?

—Afirmo que no van a servir absolutamente de nada —y puntualizó—: Desengáñate, para llegar al fondo de la cuestión, hace falta una pista… Y hay que buscarla, hay que dar con ella, no nos la van a ofrecer servida en bandeja de plata. Créeme, todo lo que no sea una buena pista, vale menos que un montón de chatarra.

—Y buscar esa pista, ¿es lo que vas a hacer tú?

—Exactamente.

—¿Cómo…?

—¡Y dale con tu curiosidad! —Se levantó del asiento y le tendió la diestra—. Hasta otra, teniente. Ya nos veremos.

*** * ***

—Señora Wiseman… —Había buscado la ocasión de meterse en la casa y acercarse a ella—. Discúlpeme que venga a molestarla…

—¿Qué desea? —Verónica estaba bajando la escalera, ya sólo le faltaban unos peldaños para pisar las baldosas del vestíbulo.

—No lo considere un atrevimiento por mi parte —dijo Dennis—. Ya sé que mi puesto es el jardín, pero dadas las circunstancias… Deseo hablar con usted.

Verónica le miró fijamente. Sólo durante unos breves instantes. Luego dijo:

—Vuelva a su quehacer. Dentro de unos minutos saldré al jardín y pudra decirme lo que por lo visto tan importante es…

—Sí, señora, es muy importante —y con tono enigmático añadió—: Más para usted que para mí, se lo aseguro.

—Bien —le cortó—, haga lo que le he dicho.

Dennis Partton se retiró, y ella siguió adelante, hacia el despacho, donde se reunió con su marido. Temblaba de pies a cabeza cuando llegó allí.

—El jardinero parece saber algo… —le dijo, tras asegurarse de que estaban solos, de que nadie les oía.

—¿Algo de qué…? —preguntó Charles Wiseman, mientras acoplaba mejor la manta a cuadros a sus inexistentes piernas.

—¿De qué va a ser? —jadeó—. Del mendigo…

—No puede saber nada, figuraciones tuyas —su tono era frío, enteramente indiferente—. Estás muerta de miedo.

—Puede que sea eso —admitió—, pero ha dicho que quiere hablarme, que es importante.

No siguieron con la conversación. En aquel momento se movió el manillar de la puerta y poco después entraba en el despacho Robert, el sobrino alto, con el rostro lleno de pecas.

—¿Estorbo…?

—No, en absoluto —respondió Charles Wiseman.

Se adentró en la estancia, con la evidente intención de decir algo. Pero a las claras se veía que no sabía cómo empezar.

Alguien más se acercaba. Esta vez se trataba de Katherine, la hermana de Robert, tan parecida físicamente a él. También parecía ir allí con la intención de decir algo.

No obstante, tampoco ella lo dijo.

En esos momentos entraba Richard, el sobrino de escasa estatura, de expresión tímida y vacilante. En esta ocasión más vacilante y tímida que nunca.

—Pero ¿qué es lo que sucede? —preguntó Charles Wiseman de pronto, con cierta brusquedad.

—Pasa… pasa… —se atrevió a decir Richard— que… que… —vaciló, dejando sin concluir la frase.

—A este paso no voy a enterarme —repuso Charles Wiseman.

—Tememos que te lo tomes mal… —intervino Katherine, que se retorcía nerviosamente las manos.

—Sí, es por esto que no sabemos cómo decírtelo —habló a su vez Robert.

—No me gustan las adivinanzas. Si habéis de hablar, hacedlo de una vez…

—Habíamos pensado —fue Robert quien finalmente se decidió a decirlo— en irnos de viaje por una temporada. Hasta que se aclare el ambiente. Estamos convencidos de que el teniente Binters sospecha de uno de nosotros y…

—¿Y creéis —barbotó Charles Wiseman— que el teniente os iba a permitir marcharos? Sois muy ingenuos… —Pero antes de que objetaran nada—: Además, soy yo quien no os lo consiente. ¡De ninguna de las maneras! —Y arañando las palabras—: Aún me faltan dos cabezas…

No insistieron. Ninguno de los tres. Posiblemente estaban ya convencidos de que

aquélla iba a ser la respuesta.

—Charles… —murmuró Verónica al quedarse nuevamente a solas—, voy a ir a ver qué quiere el jardinero… Temo que haya visto algo en el parterre…

—No lo creo yo así. En tal caso, estarías perdida… Me parece que ése es policía…

—¿Queeé…? —Se angustió terriblemente.

—Eso, policía —repitió—. En fin, vete a su encuentro y sal de dudas de una vez. Puede ser un policía y no haber averiguado nada aún…

Verónica se dirigió rápidamente hacia el jardín, en un extremo del cual encontró a Dennis Partton. A juzgar por su actitud, la estaba esperando.

—¿Qué es eso tan importante de que quiere hablarme? —le preguntó, apenas llegó a su lado.

Dennis llevaba el propósito de dialogar con ella. No pretendía nada en concreto. Pero era un modo como otro de intentar dar con la pista que buscaba.

—Creo que está usted en un apuro —empezó diciendo.

—No entiendo… —murmuró Verónica, procurando no acusar su nerviosismo.

—Yo puedo ayudarla —dijo Dennis.

—¿Ayudarme a qué…?

—A lo que sea preciso.

—¿Qué le hace suponer que necesite su ayuda…?

—La situación en que se ve envuelta, no muy satisfactoria por cierto.

—No sé a qué alude.

—A la muerte de ese hombre.

—¿Qué hombre…? —Tembló un poco su voz.

Sólo dijo eso y en realidad apenas vaciló su voz. Pero fue suficiente para que Dennis Partton cogiera el hilo que se le tendía.

—¿Qué hombre va a ser…? ¿Acaso hay ya más de un muerto…?

—¡Me está cansando usted! —Perdió los nervios. Exactamente lo que Dennis deseaba que sucediera—. Por lo demás, sepa que ayer noche le oí… A través de las paredes de mi dormitorio… Tengo el oído fino… Entró usted en el despacho de mi marido. Le oí hablar con alguien, supongo que con la señorita Lindsay. ¿Qué buscaba usted?

—Tal vez sea funámbulo. —Dennis cambió de tono, haciéndolo desenfadado— porque no recuerdo nada.

—Usted no es sonámbulo —dijo Verónica. Y sentenció—: ¡Es policía! Ahora ya lo sé… No lo sospeché ayer noche al oírle que se metía en camisa ajena… Pero hace poco, ha sido mi propio marido el que me ha dicho lo que piensa de usted, que es un poli… Sí, lo es, claro… Huele y apesta como todos ellos, a podrido…

Dennis comprendió que, aunque apenas habían hablado, ya se lo habían dicho todo. O casi todo. Se limitó a responder.

—Gracias, en nombre de los componentes del grupo —pero soltó a boca de jarro,

para que el impacto fuera todo lo contundente que él deseaba—: Pero no soy policía… Sólo soy detective de la compañía de seguros que debe abonar a su marido el dinero estipulado en la póliza aseguradora… Siempre y cuando, claro, no quede demostrado que el accidente fue intencionadamente provocado por alguien.

Verónica palideció hasta parecer un auténtico cadáver.

CAPÍTULO XI

No le costó persuadir a Diana Lindsay. Lo sensato era que abandonara la casa y que no volviera nunca por allí. La verdad es que no se sintió tranquilo hasta que la vio lejos de aquel lugar.

Pero él estaba dispuesto a seguir en su puesto de jardinero. ¿Por qué no…? A pesar de todo, nadie le había despedido, ni siquiera la señora Wiseman se había atrevido a hacerlo.

Quedó, pues, a la espera de que sucediera algo nuevo. Algo que no iba a tardar en ocurrir. Lo sabía. No podía ser de otra manera.

En efecto, aquella misma noche…

Regresaba de su trabajo. Iba por la carretera, a pie. Buscaba dar ocasión a su enemigo, o a quien fuera que descara meter baza en el asunto.

Un pequeño coche le alcanzó, frenando al llegar a su lado.

—¿Se acuerda de mi…? —preguntó la persona que conducía, que acababa de bajar el cristal de la ventanilla.

Dennis Partton le miró. Era el hombre bajito y delgado, que debía padecer asma. El que conoció en la taberna.

—Hola, amigo —respondió, aparentemente sin inmutarse.

—¿Le asombra verme?

—Un poco —admitió—. Aunque no mucho. Estaba esperando ver aparecer a alguien, a usted, o al otro… o a un tercero…

—Nadie me envía esta vez —dijo el hombre, que miró a su alrededor con cierto recelo.

—¿Iniciativa propia…?

—Sí. Pretendo llegar a un acuerdo con usted. ¿Quiere subir al coche y por el camino se lo cuento?

—No, amigo, no subo. Prefiero —especificó— que me lo diga habiendo entre nosotros una distancia prudencial…

—Si llevara una pistola —dijo, molesto— de poco iba a servirle esa distancia.

—Si usted sacara su pistola —puntualizó Dennis por su parte— de poco le serviría si yo sacara la mía.

—Bueno, dejémonos de palabrería. Le he dicho que deseo llegar a un acuerdo con usted.

—Conforme. Suelte de qué se trata.

—Yo sé dónde puede encontrar a aquel hombre alto, elegante, que estaba en el reservado, el que huyó al oír la sirena de la policía. Una información que usted necesita, o mucho me equivoco.

—No se equivoca —reconoció.

—Pues bien, yo se la vendo por quinientos dólares. Es una cifra razonable, que

sin duda se aviene a sus posibilidades.

—No del todo, los jardineros tenemos un sueldo muy bajo —vio que su interlocutor era uno más a no idearse eso de la jardinería. Se apresuró a decir—: A pesar de todo, de acuerdo. Pero no intente engañarme, ¿eh, amigo? Soy hombre de malas pulgas.

Iba a empezar a hablar, cuando un grito salió de sus labios. Había visto a alguien que asomaba entre las tinieblas de la noche.

—¡Me han visto! —Exclamó—. ¡Estoy perdido!

Dennis Partton se giró, dándose cuenta de que alguien, no desde muy lejos, estaba vigilándoles. Pero no pudo ver de quién se trataba.

Pensó que el tal personaje podía resultar en sus manos un hallazgo inapreciable, y echó a correr en su persecución. Era de vital importancia que le diera alcance.

Pero pronto comprendió que no iba a conseguir su objetivo, le llevaba demasiada distancia, corría más de la cuenta y además daba la sensación de conocer perfectamente aquellos parajes. Desapareció entre los restos de una vieja edificación.

Decidió volver junto al hombre bajito y delgado, que por lo visto estaba dispuesto por quinientos dólares a facilitarle una buena información, de la que él, qué duda cabía, sacaría buen provecho.

Sin embargo, ya antes de llegar al coche, le sonó mal la inmovilidad de su conductor.

Después, algo más cerca, vio mejor lo que sucedía, que era, exactamente, lo que se estaba temiendo. El hombre se hallaba caído de bruces sobre el volante, como sí se hubiera dormido.

Pero no dormía, o mejor dicho, era aquél su sueño eterno. No obstante, de buenas a primeras no se veía cómo habían podido matarle. No se veían señales de sanare.

Dennis le tocó por un hombro, echándole hacia atrás. Quería verle la cara.

Al vérsela, respingó. No pudo evitarlo.

Le habían clavado un bisturí en la garganta, en la yugular, pero debió ofrecer resistencia, y el bisturí, en el forcejeo, había rajado la carne hacia arriba, partiéndole la barbilla, destrozándole las encías y varios dientes, y llegando al ojo derecho, que había explotado. Allí se había quedado clavado el bisturí.

Todo sin un solo grito. Parecía imposible.

Dennis Partton miró hacia la residencia Jade, sitúa da a menos de quinientas metros de allí. Sus luces se perdían y vacilaban entre la oscuridad de la noche.

CAPÍTULO XII

Sobre la fina arena, y las pequeñas rocas de la solitaria cala, aquella noche las olas apenas iban y venían, apenas avanzaban y retrocedían. Daba la sensación de que el mar deseaba inmovilizarse por completo.

Como a veces se inmoviliza una vida…

Sólo que, cuando eso sucede a una vida, es que la muerte la ha vencido para siempre.

Sí, aquel perezoso y adormecido mar hacía pensar en la muerte que antes o después ha de llegarnos a todos, como visitante pavoroso y siniestro, al que no queremos recibir.

Pero William, en esos momentos, no pensaba en la muerte, ni en nada desagradable. E iba pisando la arena, entonando mientras tanto una melodía.

Días antes, al recibir el aviso de la policía, se quedó un poco envarado, evidentemente preocupado. Pero terminó diciéndose que aquello no podía ir en serio, y acabó no pensando más en ello.

Había seguido viviendo a su manera. Lo cual equivale a decir que no se había detenido ante susceptibilidades de índole moral, comportándose como lo había hecho hasta entonces, de forma enteramente desvergonzada y cínica.

Siguió adelante, a través de la arena de la cala, caminando muy junto al mar.

Sabía que más allá encontraría una vieja cabaña de pescador, con todas las trazas de haber sido abandonada hacía tiempo.

No era la primera vez que se dirigía hacia allí, y que en su interior se reunía con una mujer, gozando de horas de apasionada y vehemente pasión.

Pero apenas llegó a la cabaña, William quedó estremecido, horrorizado. Acababa de comprender que el aviso de la policía no, no era una broma, y que aquella noche no le esperaban los tibios y amorosos brazos de una mujer, ni sus deseos de entregarse a él en medio de una ansiosa e impaciente voluptuosidad.

Le esperaba lo peor.

Y lo peor era el final…

Miró despavorido, aterrado, aquella pistola con silenciador que le apuntaba directamente al corazón.

—¿Qué significa esto…? —acertó a preguntar.

—La muerte.

Fue ésta la respuesta. Breve, pero contundente. Como iba a serlo aquel arma.

—Pero ¿por qué he de morir…? —William volvió a dejar oír su voz, pero temblorosa como el miedo que le estaba agarrotando despiadadamente los músculos.

—Porque yo lo quiero así…

William sintió que las ropas se le pegaban al cuerpo. Era debido al sudor que, en una sofocante oleada, había invadido y desbordado de pronto toda su piel.

—Gritaré… —No se le ocurrió amenazar de otra manera a su enemigo, ya que la sola pretensión de desarmarle resultaba absurda… Gritare y me oirán…

—No hay nadie por aquí. Nadie oirá nada. Voy a disparar… —avisó—. Lo lamento, pero es preciso. Me pagan muy bien por tu vida, bueno, por tu muerte. Imagínate, quinientos mil dólares… Nunca creí, con franqueza, que un simple ser humano pudiera valer tanto…

Vio que iba a disparar, que el cesto del dedo estaba ya en camino, y se precipitó hacia adelante.

Sólo pudo dar dos pasos. Le alcanzaron las balas. Todas las que había en el cargador. Una verdadera descarga.

William se tambaleó hacia atrás, y luego hacia adelante. Después hacia la derecha y otra vez hacia atrás Con gestos cada vez más grotescos, más ridículos.

Al poco caía muerto, con un ojo bruscamente cerrado, violentamente crispado, y el otro abierto, como desquiciado y enloquecido de su última visión.

Salió a relucir el bisturí. El cortante, afiladísimo y brillante bisturí.

Que esta vez, antes de empezar a cortar el cuello de la víctima, se aseguró de que la inmovilidad de aquel cuerpo fuera ya absoluta, definitiva.

Por lo visto, no le había gustado aquel resto de vida, que, a última hora, aún le quedó a Jeff.

Al poco, cuello y tronco quedaban separados, chorreando sangre por todas sus venas, por todas sus arterias. Y la cabeza del rubio y apuesto William, ya no fue más que algo así como una pelota redonda, que hacía pensar en un sangriento y espeluznante partido de *rugby*.

La desangrada cabeza terminó en el fondo de un pequeño saco. La mano asesina la cogió, mesándola por los cabellos, y la depositó allí. Era su sitio. De momento al menos.

*** * ***

Gerald iba en la misma dirección.

Puede decirse que pisaba, sobre la fina arena de la cala, las huellas de quien ya no estaba en el mundo de los vivos.

No. William ya no estaba en este mundo, porque pertenecía ya al tenebroso reino de los muertos.

Gerald iba también entonando una melodía. Curiosa coincidencia.

Coincidencia, empero, que resultaba más que curiosa. También tétrica, siniestra. Pero el interesado ignoraba este pormenor, y no abrigaba temores de ninguna índole.

Todo fue bien, perfectamente, hasta que llegó a la cabaña y dio un par de pasos en el interior.

Entonces tropezó con un pequeño saco que alguien debía haber dejado descuidadamente en el suelo.

Pero no era un saco simplemente vacío, contenía algo. De forma redonda.

Le picó la curiosidad y se agachó para ver qué había dentro. Metió la mano…

En aquel preciso instante, todo dejó de ir bien para ir francamente mal. ¡Aquello era una cabeza cortada…! ¡Alguien había sido salvajemente decapitado!

Gerald gritó. No pudo dejar de hacerlo. Le invadió el miedo, el pánico, el pavor.

—¿Por qué gritas así? —Sonó la voz a sus espaldas—. ¿Temes que contigo haga otro tanto?

Se giró terriblemente sobresaltado, mientras todo su cuerpo daba una sacudida convulsa.

—No puedo temer eso —respondió—. No tendría sentido…

Acababa de comprender que se equivocaba, y que sí iba a tener sentido. Aunque él no lo comprendiera.

Para que no existieran dudas al respecto, allí estaba aquella pistola con silenciador. Le apuntaba inexorablemente.

—Es una pena que mueras. Una verdadera pena. ¡Eres tan joven! Apenas has empezado a vivir… Pero compréndelo, me dan quinientos mil dólares por matarte…

—No es posible —dijo Gerald, y viéndose perdido, irremisiblemente perdido, se puso a gemir y a sollozar del modo más lastimero.

—No seas niño… Eres ya todo un hombre, ¿no? Y ser todo un hombre, es algo más que acostarse con una mujer. Es también saber morir con arrojo, con valentía.

—No, no… —Y siguió gimiendo y sollozando. Ahora ya con los ojos inundados de lágrimas.

Daba verdadera pena verle en aquellas condiciones.

Pero el asesino no estaba para andarse con miramientos. Ya sin más, apretó el gatillo.

Gerald había acercado sus manos al pecho, suplicando misericordia y las balas se las atravesaron.

Entonces dio un grito de dolor y separó las manos, abriendo los brazos. Entonces llegaron las otras balas. Y unas y otras quedaron cobijadas en su pecho, de ellas en su corazón, que dejó de latir.

Cayó al suelo, inmóvil para siempre. A pesar de todo, era el que había tenido una muerte más rápida, más dulce. Si es que verdaderamente una muerte puede tener algo de dulce.

El resto de los hechos se produjeron de igual forma.

El afiladísimo y cortante bisturí hizo su habitual trabajo con idéntica pulcritud y fidelidad que otras veces.

Después, la cabeza de Gerald fue a parar al saco, donde quedó situada junto a la de William.

Casualmente quedaron de frente, mirándose. Las bocas cerca, casi besándose.

Luego, el saco fue anudado por la mano asesina.

Esa misma mano se lo llevó.

Pero esta vez tuvo que ir deteniéndose de vez en cuando. ¡Cuánto pesaba el saco!

* * *

Charles Wiseman no se había acostado tampoco aquella noche.

Menos que ninguna, pues presentía que iba a ser la noche decisiva para que su venganza quedara colmada.

Dormitando en su sillón de ruedas, permanecía, no obstante, atento a cualquier pequeño ruido que pudiera oír.

Lo oyó.

Era él ruido inconfundible que hace un papel al ser deslizado por el suelo a través de la ranura de una puerta.

Encendió la luz de la mesilla de noche, y como aquella otra vez, impulsó su sillón de ruedas, ansiosamente, febrilmente, hacia la puerta.

Al poco leía el contenido del papel, que decía más o menos lo mismo que la otra vez, sólo que por partida doble:

«Los dos asuntos pendientes están ya solucionados. Las pruebas las encontrarás en el surtidor. Deja allí cerca el millón de dólares.

»¡Hasta nunca!».

Tan seguro estaba Charles Wiseman de que aquella noche iba a ser la definitiva, que con anterioridad había ya sacado los dos fajos de dólares de la caja de caudales. Los tenía allí en su habitación.

Así que, sólo le hizo falta dirigirse hacia el parque-jardín.

No se había olvidado de la linterna, por lo que al llegar al surtidor pudo enfocar con su rayo de luz las aguas tranquilas, serenas… Fue lo primero que hizo.

Efectivamente, allí, flotando, estaban las dos cabezas…

¡Dos cabezas que, pese a que la muerte desfigura, reconoció perfectamente! ¡Tenía tan clavados en el cerebro todos y cada una de sus facciones! ¡Como si de hierro candente se tratara!

Dejó en el suelo el millón de dólares.

—Asunto concluido —murmuró Charles Wiseman.

Y no esperó a ver quién acudía a recoger aquel dinero.

No esperó porque ya sabía quién era… el asesino.

CAPÍTULO XIII

El teniente Binters se presentó en la mansión Jade. Todos se hallaban esperándole en esta ocasión, como si ciertamente estuvieran deseando que llegara.

Pero tampoco esta vez el teniente pudo sacar nada en claro.

Robert, el sobrino alto y pecoso, y su hermana Katherine, afirmaron que habían estado en un salón de fiestas, rodeados de sus amigos. Podía preguntar a cualquiera de ellos.

Richard, el sobrino de expresión tímida y vacilante, aseguró que aquella noche pasada había estado con una chica en su apartamento. Dio el nombre de la chica y dijo que podían preguntárselo.

En cuanto a Verónica, había permanecido en su dormitorio, encerrada, como siempre.

—Confrontaré todo ello —rezongó el teniente Binters.

—Por lo que respecta a mí —dijo Charles Wiseman— no puedo ser el asesino. Pero, claro —hizo una mueca irónica— usted, teniente, debe sin duda preguntarse: «¿Cuántos dólares debe haber ahora en esa caja de caudales? Si ha pagado al asesino en sus tres crímenes, deberá estar vacía…». ¿Verdad que se está haciendo esta pregunta?

Sin esperar a más. Charles Wiseman abrió la caja, de par en par… ¡Y allí estaban los tres fajos de quinientos mil dólares cada uno!

—No me ha impresionado usted —dijo el teniente Binters, de pésimo talante—. Si no le decía que la abriera, era ya por eso… Daba por descontado que el dinero estaba ahí dentro… Ha tenido tiempo suficiente, señor Wiseman, para reponer esa cantidad. Es usted un hombre fabulosamente rico, así que, sacando de sus cuentas corrientes, vendiendo acciones, o de cualquier otro modo… Tendré también que confrontar todo ello. Pero necesito tiempo… Desde luego —resumió— esto no acaba aquí. Encontraré al culpable. Antes o después daré con él.

CAPÍTULO XIV

Lluvia intensamente. Y las gruesas gotas de agua, impulsadas por un viento fuerte, casi huracanado, repiqueteaban de continuo contra los cristales de los ventanales.

En la mansión Jade el silencio era absoluto.

Y a la vez inquietante, estremecedor, porque algo se desprendía de aquel silencio dándole un sonido de eco. De eco profundo, siniestro, como si llegara hasta allí desde el mismo infierno.

Todos se habían ido de la casa. Menos Charles Wiseman y Verónica.

La servidumbre se había ido por un lado y los sobrinos de Charles Wiseman por el suyo.

No se trataba de una mera coincidencia. Aquello era el resultado de lo solicitado por el propio Charles Wiseman, que claramente había expuesto su deseo de pasar la noche, toda la noche, en compañía de su esposa. Sólo con ella. Sin que nadie les molestara.

Verónica, en un principio, pensó:

«Ahora que mis tres amantes han muerto, desea perdonarme. Sigue amándome. Por eso quiere que nos quedemos a solas, sin testigos».

Pero la intención de Verónica no era seguir viviendo junto a aquel hombre. Y sabiendo que estaban solos, y que ni unos ni otros regresarían en muchas horas, se decidió a dar el jaque mate a su plan.

El jaque mate definitivo.

Era éste el momento esperado. Ninguno mejor.

—Charles… —empezó a decir.

Se hallaba en su sillón de ruedas, junto a la chimenea cargada de leña. Separó su mirada de las llamas y observó a su esposa.

—¿Qué quieres?

Pero ¡qué extraña era su mirada! ¡Parecía mirar desde un abismo desolador, terrible, que se hallase situado muy por detrás de su verdadero rostro!

De pronto, Verónica se echó a reír.

—Te crees muy listo, ¿eh, Charles? —Y le miró con un desprecio supremo, demoledor—. Pero aquí la única lista he sido yo.

—No te entiendo —dijo él.

—Me entenderías si tuvieras más imaginación. Pero careces de ella, o por lo menos la que tenías, la has malgastado buscando el modo de eliminar a Jeff, a William y a Gerald.

—Lo he conseguido, ¿no? —inquirió Charles, y persistía en él aquella extraña mirada.

—Sí, lo has conseguido plenamente. Pero ¿no te has preguntado nunca quién ha debido matarles, adónde ha ido a parar tu millón y medio de dólares?

Se produjo una pausa, que dio la sensación de ser larga y retorcida como una culebra.

—No me lo he preguntado —dijo Charles Wiseman— porque desde el primer momento lo he sabido.

Ahora fue él quien se echó a reír. Con una risa que lo tenía todo de espeluznante y diabólica.

* * *

Horas antes, un largo timbrazo había sonado en el apartamento de Dennis Partton.

Éste se hallaba hundido en un sillón, con el cigarrillo olvidado entre los labios, con el cerebro puesto en acción. Estaba atando cabos, o por lo menos esforzándose por hacerlo así. Dados los últimos acontecimientos, urgía dar con la idea precisa…

El timbrazo le sacó de sus reflexiones, haciéndole fruncir el entrecejo. Con mayor motivo, puesto que sabía de sobras quién era la persona que había llamado de aquella manera. Aquel timbrazo resultaba inconfundible.

Se levantó sin prisas y anduvo lentamente hasta la puerta. Al poco abría.

—¿Ah, eres tú?

Era Raquel, la pelirroja de formas exuberantes, hasta entonces aventurilla fácil y agradable en la vida de Dennis Partton.

—Sí, yo, la misma —sonrió la interesada—. Como pareces haberte olvidado de mi número de teléfono.

Se acercó a Dennis, echándole los brazos al cuello, y ofreciéndole los labios en un gesto tentador.

—No vienes en buen momento, Raquel —dijo él, besándola por puro compromiso—. Me encuentro muy preocupado.

—¿Qué te sucede…? —Pero antes de que le respondiera—: Supongo que puedo pasar y servirme un *whisky*, ¿no?

—Claro, mujer.

—Pero, bueno, ¿qué te sucede? —volvió a preguntar—. Supongo que no estarás enfadado conmigo. Ya sé que la última vez que nos vimos bebí demasiado.

—No es por eso, no seas tonta. Pero estoy dándole vueltas a un asunto embrollado y no estoy para atender a chicas guapas.

—¡Pues yo que venía con la ilusión de que me llevaras a cenar a un buen restaurante! —se desconsoló.

—No. Raquel, imposible…

Pero la chica insistió tanto y puso tantas zalamerías en juego, que Dennis terminó por pensar que lo más sencillo era complacerla. Aún no tenía ningún plan formado, por lo que nada alteraba con aquella salida que, poco antes, no entrara en sus cálculos.

—Bueno, bueno —aceptó—, te llevaré. Pero con una condición: a partir de ahora

serás buena y sólo vendrás aquí, a mí apartamento, si yo te llamo.

—¿Eh, tú…? —Gruñó Raquel—. No me gusta nada esto que has dicho. Es lo que suele decirse cuando se quiere acabar con una chica… ¿Acaso hay otra con formas mejores que las mías, que sabe ser contigo aún más cariñosa que yo?

—Algún día tendré que volverme formal, ¿no te parece? —Dennis estaba pensando en Diana Lindsay—. Hasta cierta edad están bien estas cosas, pero luego, una esposa no cae mal…

—¿Y esa esposa no puedo ser yo? —inquirió Raquel, con las manos en jarra. Pero ella misma se respondió—: No, claro, no puedo ser yo. Lo comprendo —y sonriendo como si nada—: De todas maneras, a los hombres os gusta variar. Para ti estaré siempre disponible —y se le acercó hasta materialmente pegarse a él.

—Muy gentil, Raquel —carraspeó—. Anda, afloja la presión, monada, que si hemos de ir a cenar fuera…

—Si quieres —se apresuró a decirlo— nos quedamos. Improviso algo con lo que encuentre en tu nevera, como hemos hecho otras veces y…

—Mejor que nos vayamos. Raquel.

—Como quieras.

Fueron a un elegante restaurante. Más elegante de lo que Dennis Partton hubiera deseado, porque aquella cena iba a costarle un riñón, estaba seguro. Pero su pelirroja compañera se había empeñado en entrar allí, y ya se sabe que cuando una mujer se empeña en algo el hombre que la acompaña lo tiene francamente mal.

—Se está a gusto aquí, ¿verdad, Dennis? —preguntó ella. Y suspiró—: Vendría cada noche.

—No conmigo… —protestó él—, me arruinarías enseguida. Mi cartera está algo floja.

Apenas dicho esto, levantó la mirada y casualmente fue a dar con los ocupantes de una mesa situada al otro extremo del salón. Pero la distancia no impidió que les reconociera en el acto. Eran los tres sobrinos de Charles Wiseman.

La pecosa Katherine también había alzado los ojos, y sus miradas se encontraron. Ella no pudo menos de expresar asombro por encontrar allí al jardinero de su casa.

—Un momento, Raquel, por favor… —se excusó Dennis.

Con absoluta desenvoltura se encaminó hacia aquella mesa, una vez allí saludándoles.

—Buenas noches.

Resultó hosco y desabrido el recibimiento de las dos jóvenes, no así el de Katherine, que, mujer al fin, tenía ojos en la cara para ver que Dennis estaba muy bien plantado.

Alentado por el beneplácito con que le distinguía la muchacha, aunque en verdad Dennis Partton no necesitaba ser alentado para hacer las cosas a su modo y manera, se decidió a sonreír y a decir:

—Con el permiso de ustedes —y tan tranquilo cogió una silla y se sentó en la

mesa de ellos.

—Si no observo mal —el pésimo humor de Robert resultaba evidente— ha venido usted acompañado. Pues con sinceridad, no encuentro elegante que por nosotros deje sola…

—¡Qué coincidencia! —exclamó Dennis, interrumpiéndole—. Algo muy parecido estaba pensando de ustedes. No, no resulta elegante que hayan dejado solo a su señor tío…

Sólo pretendía ver cómo le respondían, de qué forma reaccionaban. Sin duda por eso su perplejidad fue mucha, cuando le informaron que estaban los tres fuera de la casa, asimismo como todos los sirvientes, por expresa voluntad de Charles Wiseman.

—Quiere pasar la noche, toda la noche, en compañía de su esposa. Sólo con ella —le hizo saber Katherine.

—¡Ah…!

No le hizo falta oír más para tener un presentimiento, o quizá más que eso, ya que esa idea en sí no era nueva, le había cruzado ya antes por el pensamiento.

Pero incluso ahora, para darla por válida, necesitaba reforzar su propia teoría. Reforzarla antes de que fuera tarde.

En consecuencia, pronto se despidió de los sobrinos de Charles Wiseman, no sin complacencia por parte de los dos varones, y se reunió de nuevo con Raquel.

Pero a Raquel también la despidió pronto. Consiguió empaquetarla hacia su casa.

—Sé comprensiva, Raquel, tengo un asunto urgente que solucionar. Un asunto que no es de faldas, palabra de honor…

Así que se vio libre de movimientos, se dirigió hacia aquella calle estrecha y oscura, donde había una taberna, donde ya estuvo en otra ocasión. De eso no hacía mucho.

Se quedó en la calle mirando a las mujeres que pasaban. Unas solas y las otras acompañadas. Todas ellas prostitutas.

Hasta que dio con la que buscaba, una mujer relativamente joven. Pintada con gesto vicioso y procaz. Estaba junto a un farol, todavía sin haber encontrado compañía para aquella noche.

—¿Quieres venir conmigo…? —le preguntó, sin tomarse la molestia de recordarle que ya se conocían—. Te daré trescientos dólares.

La mujer le reconoció enseguida, era buena fisonomista. Pero no debió gustarle su presencia, porque endureció el semblante.

—No suelen darme tanto —dijo, secamente.

—No es para lo que supones…

—Prefiero no meterme en líos —repuso, con tono desabrido.

—Vamos juntos a donde tú prefieras y hablamos un poco. Esto es todo lo que te pido.

—A la taberna no podemos ir. Hay demasiados ojos y allí todos me conocen. Trabajo por esta zona.

—Vayamos a otra parte. Elije tú.

—¿Por qué no hablamos aquí mismo? Nos alejamos un poco del farol, y ya está… Entre la oscuridad cualquiera se despista fin realidad —confesó— trescientos dólares no me vendrían nada mal.

—Pues son tuyos así que me contestes a unas cuantas preguntas. Así que me las contestes con sinceridad, esto es imprescindible…

—Sí, claro.

—¿Conoces a ese hombre alto, muy elegante, que el otro día estaba en la taberna?

—Sí, le tengo visto. Pero desconozco su nombre.

—¿Sabes dónde vive?

—No.

—¿Sabes si está casado, si tiene familia?

—No, no lo sé.

—¿Sabes a qué se dedica?

—Creo que tiene una casa de juego, eso he oído decir. A veces ha venido con guardaespaldas.

—¿Qué sabes, en definitiva, de él y de su vida?

—Ahora viene poco, apenas se deja ver. Antes venía más, cuando trabajaba por aquí, dedicada a lo mismo que yo, una chica que le atraía… Pero luego ella echó a volar más alto. Desde entonces apenas le veo.

—¿Qué sabes de esa chica, la que le atraía?

—Fuimos compañeras… Pero ella era muy joven y muy guapa. Se veía venir que dejaría esto…

—¿Encontró quién le pusiera un piso?

—Más que eso, encontró quien se casara con ella. ¡La muy… qué suerte tuvo!

—¿Con quién se casó?

—No sé, con un hombre rico. Los humos se le subieron a la cabeza. Al final ni me saludaba.

—¿La has vuelto a ver? Desde que echó a volar alto, me refiero…

—Vino no hará mucho, la vi por casualidad. Vino para citarse con ese hombre, alto, muy elegante, por el que me has preguntado…

—¿Qué más sabes?

—Nada más.

—¿Se separaron amigablemente?

—Sí.

—Dime, esa ex compañera tuya, ¿cómo es físicamente?

—Muy joven y muy guapa, ya te lo he dicho. Cabello muy largo y rubio, ojos claros, piernas de primera.

—¡Me basta ya! —Exclamó Dennis Partton—. ¡Toma los trescientos dólares y que buen provecho te hagan!

CAPÍTULO XV

Y en esos momentos fue él, Charles Wiseman, quien se echó a reír. Sí, con una risa que lo tenía todo de espeluznante y diabólica.

—¿Queeeé…? —Y la palabra bailoteó torpemente en la boca de Verónica.

—Lo que has oído, querida. Desde el primer momento he sabido que has sido tú… ¡Tú!

Verónica se había quedado pálida, lívida, sin acertar casi a respirar. El golpe resultaba demasiado imprevisto, demasiado contundente. Si Charles lo sabía, ¿qué existía entonces tras todo aquello…? ¿Qué finalidad, exactamente, era la que había guiado a su marido…?

Se puso a temblar como una pobre enferma.

—Te he tendido un anzuelo, querida. Y qué duda cabe, lo has mordido de pleno, de lo que yo, sinceramente, me congratulo enormemente. ¿Sabes?, ahora ya no habrá quien te salve de la cámara de gas. Irás directa a ella.

—¿Qué estás diciendo, desgraciado…? —Y el miedo de Jeff, de William y de Gerald parecieron unirse para alentar ahora dentro de aquel joven y atractivo cuerpo de mujer.

—Suponías que aún te amaba, ¿eh, desgraciada? Porque la desgraciada eres tú, que has caído en la trampa que te he tendido y ahora ya no tienes salvación, serás juzgada y condenada a muerte. No habrá abogado que te salve, ni jurado que te absuelva. ¡Te espera la cámara de gas!

La lluvia caía aún más fuerte. Y más fuerte aún daban las gotas de la lluvia contra los cristales de los ventanales.

Charles Wiseman volvió a reírse. De la misma forma. De igual modo. Espeluznante y diabólicamente.

—¡Te odio, Verónica! —exclamó, y sus manos, crispadas se aferraron a los brazales de su sillón—. ¡Te odio desesperadamente desde que las ruedas del coche que tú guiabas pasaron sobre mis piernas…!

Verónica se tambaleó. Era como si hubiera ingerido de pronto varios litros de alcohol.

Luego, espantada del alcance de aquella revelación, dio varios pasos hacia atrás.

—¿Creías que lo ignoraba, que estaba desvanecido cuando diste la marcha al coche y te abalanzaste sobre mí? ¡Pues no, te vi, conservaba el conocimiento! ¡Eres un monstruo de maldad, Verónica! ¡Y mereces que el infierno te trague hasta sus más recónditos abismos! ¡Y si —grito—, al infierno irás a parar después de haber sido conducida a la cámara de gas!

—No, no… —gimió Verónica, aterrorizada.

—Sí, sí… Porque son demasiados las crímenes que llevas sobre tus espaldas, y ya nadie es capaz de salvarte. ¿Sabes, Verónica?, todo lo organicé para que llegaras a

esta situación irreparable… Te lo explicaré mejor para que me entiendas. Así empezará tu agonía…

Charles Wiseman se detuvo.

Pero prosiguió enseguida, ansioso de saborear hasta la saciedad su venganza. Ansioso de solazarse a más y mejor en aquel morboso placer.

—En cuanto vi que me habían amputado las piernas, que nada habían podido hacer los doctores por salvármelas, pensé que era preciso que tú murieras. Verónica. Pero tu muerte no había de ser sencilla, tenía que venir precedida de una larga e inacabable agonía. Sólo así podría tener justa y adecuada respuesta lo que habías hecho conmigo… Podía yo, simplemente, coger esa pistola cargada que sabes que guardo aquí en el despacho, en el cajón de ese mueble, y matarte… Podía hacerlo con gran facilidad. Pero morir tan pronto, sin todo el sufrimiento, sin todo el horror, sin todo el espanto que yo te deseo, era demasiado cómodo para ti. Así que busque otro método… Más tortuoso, más retorcido, más lento, pero también más eficaz y adecuado al caso.

Se interrumpió de nuevo.

Verónica jadeaba.

La lluvia seguía dando contra los cristales de los ventanales.

—Tiempo atrás, había contratado a un sujeto para que te siguiera, para que averiguara si me eras o no infiel, y para que, de serlo, me ofreciera pruebas contundentes. —Continuó diciendo Charles Wiseman—. Nunca he sido tan estúpido como me has creído. Sin embargo, a pesar de mis sospechas hice testamento a tu favor. Pensé que, de equivocarme respecto a ti, tendría tiempo sobrado para rectificar. En el fondo, quería convencerme de que eras una buena esposa, ¡lo deseaba tanto! Bueno, precisamente cuando salí de la clínica, fue cuando llegaron a mis manos aquellas fotografías. Entonces se me ocurrió llamar al mendigo… Le vi a través de la verja del jardín y le hice pasar. Le ofrecí veinte mil dólares si se avenía, con aquellas fotografías, a hacerte chantaje. El mendigo aceptó inmediatamente mi proposición, asegurándome que jamás en la vida nadie le había ofrecido un negocio tan bueno como aquél. Yo le dije que ese negocio podía no resultar tan bueno tomo se imaginaba, que tú eras mala, perversa… El mendigo sonrió con una mueca amarga, haciéndome saber que estaba muy enfermo, que apenas le quedaban unas semanas de vida, y que aceptaba mi plan, ya que lo único que le importaba era dejar algo de dinero a una hija que tenía.

Se detuvo para respirar. Parecía haber dicho todo aquello de un solo tirón.

Verónica jadeaba cada vez más fuerte.

—Sabía que le matarías —afirmó Charles Wiseman—. Una mujer tan monstruosamente mala como tú, no podía dejar de hacerlo. Pensando en eso, le dije al jardinero que dejara allí, junto a aquel parterre, el pico y la pala… Y en fin, ya cometido este primer crimen, te tuve en mis manos Era fácil retenerte a mí lado con la amenaza de delatarte a la policía… Pero si deseaba retenerte, no era porque te

desease junto a mí, era, tan sólo, porque quería que ahondaras en el camino del crimen hasta que dejaras rubricada inexorablemente tu perdición…

Otra pausa.

—Si muerto el mendigo te hubiera delatado a la policía, ¿qué hubiera conseguido? Nada radical… Hubieras buscado a un buen abogado, al mejor abogado si era preciso, y habrías acabado condenada a unos cuantos años de prisión. Esto hubiera sido todo. Y yo necesitaba la seguridad de algo más. Por eso ofrecí a mis sobrinos quinientos mil dólares por cada uno de tus amantes… Pero sabía que ellos no lo harían, que no son capaces de eso. Pero tú sí eras capaz, por descontado que sí… Más aún, puesto que ya no podías confiar en mi testamento. El que te favorecía a ti lo había anulado, haciendo otro que lo concedía todo a obras de calidad. Por lo demás, te encerraba en tu dormitorio cada noche, sí, como haciendo ver que te dejaba al margen de toda posibilidad de sospecha… Sin embargo, sabía que saldrías de aquí siempre que se te antojara. En esta casa hay varias salidas secretas y tú no las desconoces, con tal finalidad dejé en cierta ocasión los planos de la casa a tu alcance… Sí —explicó—, hice construir esas salidas secretas, por si algún día se metía conmigo la policía. El dinero que gané en Hong Kong no fue de manera muy limpia… Por si acaso, quise prevenirme… En fin, sabía que tú saldrías cuantas veces te conviniera. ¿Me he equivocado en algo?

—No —dijo ella, en medio de su jadeo—, no, en nada.

—Pero ignoro, cómo conseguiste eliminar a tus amantes. Eso claro, no puedo saberlo.

—Les telefoneé —repuso Verónica, pero su jadeo, de pronto, había desaparecido — comunicándoles que tenía que decirles algo de mucha importancia. Acudieron a la cita sin abrigar temores… Días antes, a Jeff, le llamé, previniéndole… Pero luego había de pensármelo mejor, comprendiendo que no debía desaprovechar la ocasión. Una ocasión que lo tenía todo favorable…

—Evidentemente.

Verónica había reaccionado, tras un par de minutos en que la sorpresa y el miedo parecieron paralizarla.

—Y como sea que acudieron a la cita sin sospechar de mí, todo fue fácil. Sumamente fácil… En conclusión, ahora tengo en mi poder un millón y medio de dólares.

—Es mucho dinero —se rió Charles Wiseman—, una verdadera fortuna. ¡Lástima que no va vas a poder disfrutarla!

—¿Por qué no…? —Ya sin jadeo, ya sin miedo, en estos momentos Verónica le desafiaba. Qué duda cabe, había reaccionado ya por completo—. Tenía un plan a desarrollar, un plan perfecto… Me sigue sirviendo…

—¿De veras? —El tono de su marido resultaba incrédulo.

—Claro… ¿Sabes lo que iba a hacer? Prender fuego a esta casa… Esta noche… La chimenea se halla encendida y por aquí hay cortinajes, muebles, libros. Después

iba a decir que el incendio lo provocaste tú… No habría testigos para rebatirme y yo quedaría libre de ti para siempre, y con el dinero, que lo tengo a buen recaudo.

—No era mal plan —convino Charles Wiseman— pero tiene un defecto, bueno, yo creo que varios… Por ejemplo, no cuentas con las cámaras fotográficas que desde hace un rato te están tomando desde todos los ángulos… No cuentas —repitió Charles Wiseman—, con las cintas magnetofónicas que están grabando tu voz… Cámaras y cintas protegidas debidamente, a prueba de cualquier incendio… Compréndelo, querida Verónica, tenía que tornar mis precauciones. Así que, aunque esto arda, la policía encontrará pruebas contra ti, y te juzgará, y te condenarán, y lo dicho, acabarás en la cámara de gas…

Verónica había perdido de nuevo la serenidad, el dominio de sus nervios. Volvía a sentirse vencida, acorralada. Esta vez sin saber ya qué hacer para zafarse de aquel círculo de perdición, que se cerraba cada vez más.

—¿Qué, Verónica, no te ríes…? ¡Pues déjame que me ría yo! —Y sí, la risa de Charles Wiseman llenó de un modo estremecedor la amplitud de la estancia.

—Algo se me ocurrirá… Algo se me ocurrirá, —murmuraba Verónica una y otra vez, resistiéndose a darse por vencida.

—Tendrás que darte prisa en incendiar esto, Verónica. Porque acabo de telefonear al teniente Binters, diciéndole: «Venga pronto, esta noche alguien tiene la intención de matarse. Venga pronto o llegará tarde».

—¡No! —exclamó, viendo, sintiendo, cómo el circulo de perdición se cerraba más y más a su alrededor.

—Sí, querida.

De pronto. Verónica creyó que aún tenía una oportunidad a su alcance. En realidad ya no podía haber otra.

—Algo te ha fallado también a ti. Charles —le dijo.

—¿En serio…?

—Has cometido un gran error al recordarme que aquí mismo, en el despacho, en el cajón de ese mueble, guardas una pistola cargada. Hacer arder todo esto, puede costar algo… Pero disparar una pistola, no cuesta nada…

Se precipitó sobre el mueble, abrió el cajón y empuñó la pistola. Sus ojos tenían una mirada centelleante, y a la vez desquiciada. Tal vez, en el fondo de sí misma, comprendía que sus posibilidades de triunfo eran muy escasas.

—Voy a matarte. Charles —le apuntaba ya—, y luego huiré con el dinero. El teniente Binters no llegará a tiempo de detenerme. Has dicho que acabas de telefonearle, ¿no es así? Pues como esta casa se halla en las afueras, aún tardarán en llegar… Tengo tiempo de acabar contigo…

*** * ***

Charles Wiseman no había mentido al decir a su esposa que había telefoneado al

teniente Binters. Pero había omitido un detalle, que dejó el encargo a un simple subordinado. El teniente Binters no estaba allí en aquel momento. Había salido de la combaría, con otra gestión.

Sin embargo, lo que Charles Wiseman ignoraba, era que había salido de allí porque Dennis Partton había ido a buscarle.

—Es preciso —le había dicho éste— que detengas inmediatamente al asesino de Jeff, de William y de Gerald. Ya sé quién es… Corre, porque creo que Charles Wiseman está en peligro de muerto. Una muerte que presiento que él mismo se está tendiendo…

—¿Qué dices? —Había inquirido el teniente—. ¿Charles Wiseman en peligro de muerte? ¿Que sabes quién es el asesino…?

—Sí.

—Dime su nombre.

—Verónica, su esposa, ¡la mujer que le amputó las piernas! ¡Y él no lo ha ignorado nunca, nunca…! ¡De ello que le haya odiado hasta la más desquiciada desesperación! ¡De ello que le haya tendido la más diabólica de las trampas!

CAPÍTULO XVI

—Voy a matarte —repitió Verónica.

Charles Wiseman volvió a reírse, y su risa se alargó, se prolongó, hasta que ella apretó el gatillo y sintió que la bala perforaba dolorosamente su cuerpo.

Entonces dejó de reírse para decir:

—Tienes buena puntería. Me has herido mortalmente. Pero aún tengo vida para decirte algo… No, no he cometido un error al mencionarte esa pistola cargada que tenía en el mueble… Lo he dicho a sabiendas, para facilitarte mi muerte… Una muerte más. Si ya no tenías salvación posible, ¡imagínate ahora! Así que, Verónica, prepárate a agonizar… Yo voy a morir, si… Pero a ti te tocará después… Te esperare en el infierno… Es tu sitio, y el mío… Por eso nos ha tragado a los dos… Allí volveremos a encontrarnos…

A Verónica no le hizo falta disparar de nuevo. Charles Wiseman murió tras haber pronunciado estas palabras.

Verónica se dispuso a huir precipitadamente. Tenía los minutos contados.

Pero ya era tarde.

Oyó la voz del teniente Binters a sus espaldas.

—Queda detenida, señora Wiseman.

Verónica apretó el gatillo. Se defendía desesperadamente, hasta el último instante.

Pero su marido, sarcásticamente, le había reservado una última sorpresa. La pistola sólo tenía una bala.

* * *

Más tarde, ya detenida, no le importó satisfacer la curiosidad de Dennis Partton.

—Fui yo quien escribí aquellas palabras en la máquina. Apenas entré en el despacho, comprendí que había alguien y que ese alguien posiblemente sería usted, y pensé que lo mejor era incitarle a una cita… Si se metía en la boca del lobo, acabarían con usted si no se avenía a razonar… También fui yo quien acabó con el hombre asmático, mientras un sujeto amigo mío se hacía perseguir por usted. El hombrecillo iba a hablar más de la cuenta, así que tuve que hacerlo. Sí, he recibido ayudas… De conocidos míos, de amigos de otros tiempos… Yo empecé mi vida en otros barrios… De allí me sacó Charles Wiseman ¡En mala hora, maldita sea…!

* * *

Dennis Partton acababa de comunicar a su prometida, Diana Lindsay, que su jefe le había subido el sueldo.

—¡Estupendo! —dijo la muchacha, alegremente.

Dennis la abrazó y la besó, pero no le enseñó la noticia que llevaba el periódico.

Optó por decírselo en otro momento.

La noticia decía… que aquella mañana había sido cumplida una última pena. Verónica, convicta y confesa había pagado todos sus horrendos crímenes.

«Entre desaforados gritos de espanto, de terror —añadía la reseña— la reo tuvo que ser llevada a rastras hasta la cámara de gas».

FIN

Seudónimo bajo el que publicó sus novelas de temática policíaca y de terror Isabel Irigaray Echevarri, en sus novelas «femeninas» utilizaba su nombre y primer apellido.